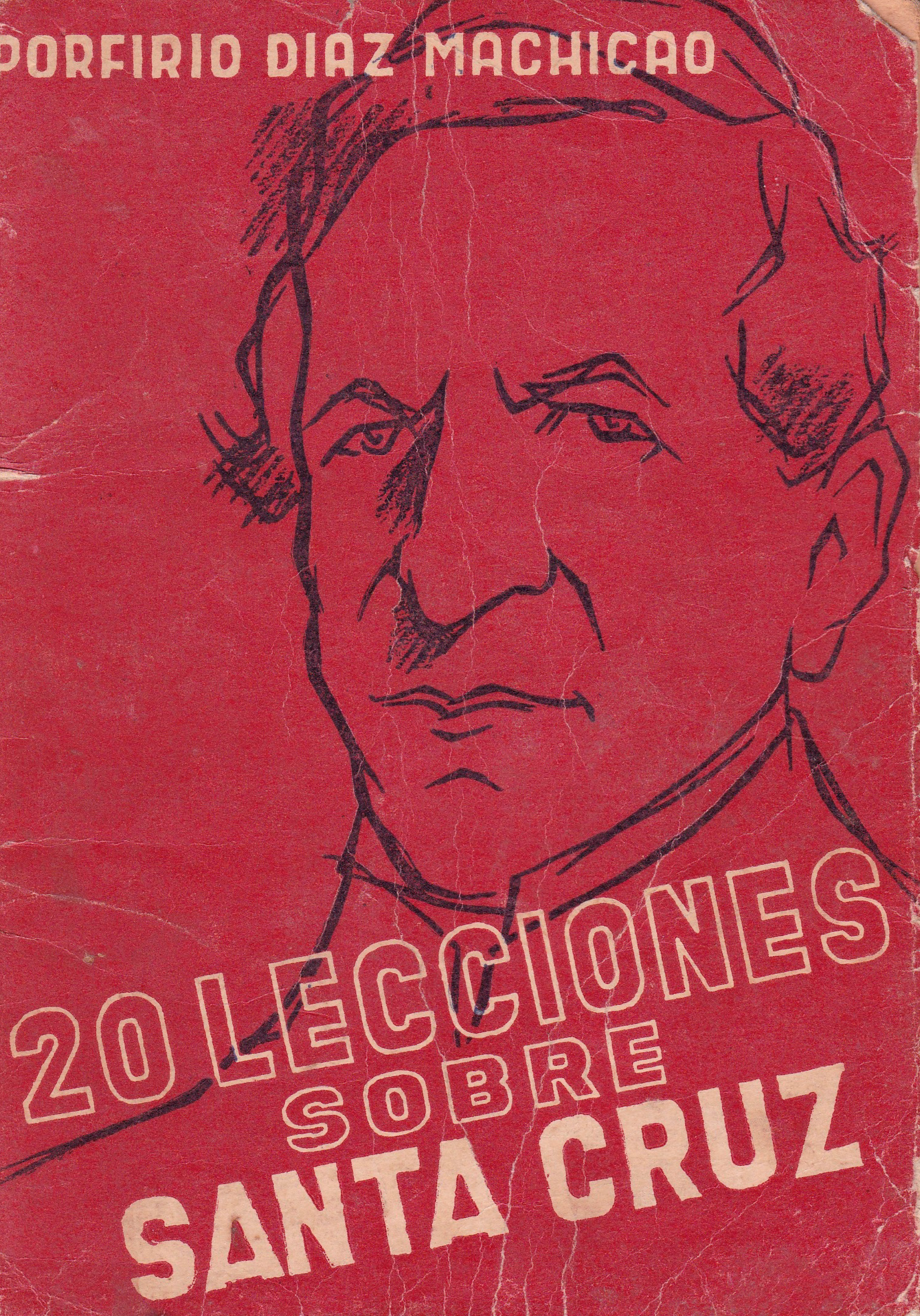
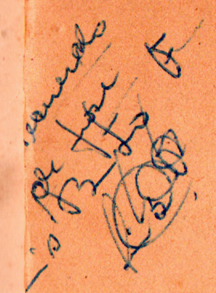
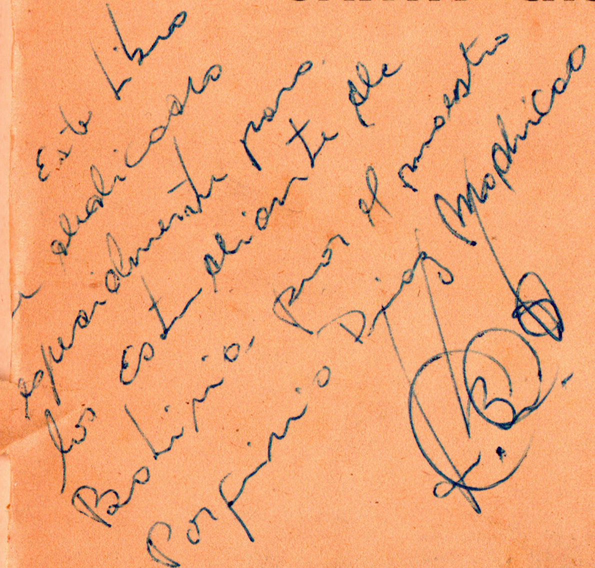

PORFIRIO DIAZ MACHICAO
20 LECCIONES
SOBRE
SANTA CRUZ



PORFIRIO DIAZ MACHICAO



# 20 LECCIONES SOBRE SANTA CRUZ



"COMITE PRO CENTENARIO DEL MARISCAL SANTA CRUZ"

La Paz - 1965

Año del Mariscal Santa Cruz

Primera edición: Julio de 1965. Pro Centenario del
Mariscal Santa Cruz.
Ilustraciones de Juan Rodríguez Baldivieso.
Zincograbados de Santos Lazcano.
Impresión del texto por Empresa Editora "Novedades".
Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia.



*Presidencia de la República*

*Sr. Díaz Machicao*
*Ha enaltecido Ud. gloriosamente al Gran Mariscal Santa Cruz y los bolivianos se lo agradecen*

Señor Díaz Machicao

Ha enaltecido Ud. gloriosamente al gran Mariscal Santa Cruz y los bolivianos se lo agradecen.

Gral. René Barrientos Ortuño.

*Sr Díaz Machicao*
*La obra del Mariscal Dn Andrés de Santa Cruz traspasa lo nacional para adquirir dimensiones continentales, de ahí que, el exaltar esa figura paradigmica en el historial patrio para ejemplo de las generaciones presentes y venideras tal como lo hace Ud, merecen gratitud y encomio*

*Grl A Ovando C*

Señor Díaz Machicao

La obra del Mariscal Don Andrés de Santa Cruz traspasa lo nacional para adquirir dimensiones continentales, de ahí que, el exaltar esa figura paradígmica en el historial patrio para ejemplo de las generaciones presentes y venideras, tal como lo hace Ud., merecen gratitud y encomio.

Gral. Alfredo Ovando Candia.

Estas lecciones cívicas se publican con el patrocinio del Comité Nacional Pro Centenario del Gran Mariscal Andrés Santa Cruz, creado por Decreto Supremo de la H. Junta Militar de Gobierno e integrado por el Ministro de Defensa, Gral. Hugo Guzmán Suárez y los ciudadanos Teodosio Imaña Castro, Federico Nielsen Reyes, José de Mesa, Víctor Santa Cruz, Carlos Alberto Manjón, Mary Flores Saavedra de Aliaga, y Coronel Paúl de Palacios.

# EL ADVENIMIENTO DE SANTA CRUZ

Después de la creación vendrá la refirmación. Lo que equivale a decir, para los bolivianos, después de Bolívar: Santa Cruz. Apagados los fulgores del rayo en la batalla, había que comenzar a vivir. El solar estaba entregado a los hombres. Pero, enseguida había que edificar la casa sobre el solar. Y la casa debía tener una arquitectura hecha con la ley.

Andrés de Santa Cruz nació en la inmensidad territorial del altiplano, entre las más altas montañas: Illimani y Sorata, oteros infinitos que otorgan proyección al destino. Desde sus cumbres se puede ver el más allá. Desde sus cimas se puede crear una ambición y desear, como Bolívar, confederar todos los países. Son montañas rectoras y todo lo que nace a sus pies es recio y fuerte.

Acariciado por la canción insistente del Choqueyapu, más abajo de la Calle de las Herrerías, en una esquina que fue sitio de testificaciones gloriosas, desde la Colonia a la República, Andrés de Santa Cruz nació en La Paz, de vientre indio y de padre criollo, simbiosis de futuro y de excelsitud. Nació a la libertad sin ser libre e impuso a la libertad con dos banderas al viento: la española y la independiente. Traía por el dorado puente maternal oro en la sangre. Por el camino del padre, fuerza y ambición. Hispano e indio, a la vez. Calahumana y Santa Cruz de Villavicencio. Dos fatalidades heroicas e irrenunciables. Porque, en verdad, se es grande por ser indio y aun más por ser hispano.



Anduvo, en los años de su formación como ayudante de Goyeneche y fue dragón, de los de Apolobamba. Acaso vio en los años de 1810, con espanto y dolor, el sacrificio de los mártires y calumniados que, con Pedro Domingo Murillo, murieron en la horca. Dicen sus biógrafos que en 1817 fue ascendido al grado de coronel del ejército realista.

Nació en 1792, cuando aún en casas y corrillos se recordaba el cerco de Tupac Catari que había sembrado desolación en la ciudad madre. Luego, muchos quehaceres habían requerido de su empeño. Y así, la juventud se hizo en los cuarteles, por mandato del padre.

Siguiendo el imperativo político de libertad y patria, su vida se hizo a la par revolucionaria. Y formó con los patriotas. Fundó el cuerpo de caballería de "Cazadores a Caballo", del Perú. Luego, su vida fue un torbellino. Infante o caballero, marchó por las breñas peruanas y alcanzó hasta las quiebras de Pichincha en donde nació su personalidad y se confirmó su alta misión de conductor.

Conoció el agua de las dos márgenes del río de la guerra: el que dá dulzura a la gloria bien ganada y el que reconforta después de los fracasos. Supo de Pichincha y de Zepita. De la gloria y del desmayo. Por ello se formó hombre.

Todo el suceso de la independencia fue para él la lección álgida y terrible. Formó entre los grandes hombres de Bolívar, al lado de Sucre y de Santander. Y acaso por ello, su destino le haya señalado, quien sabe, el curso del torrente que baja de las montañas andinas.

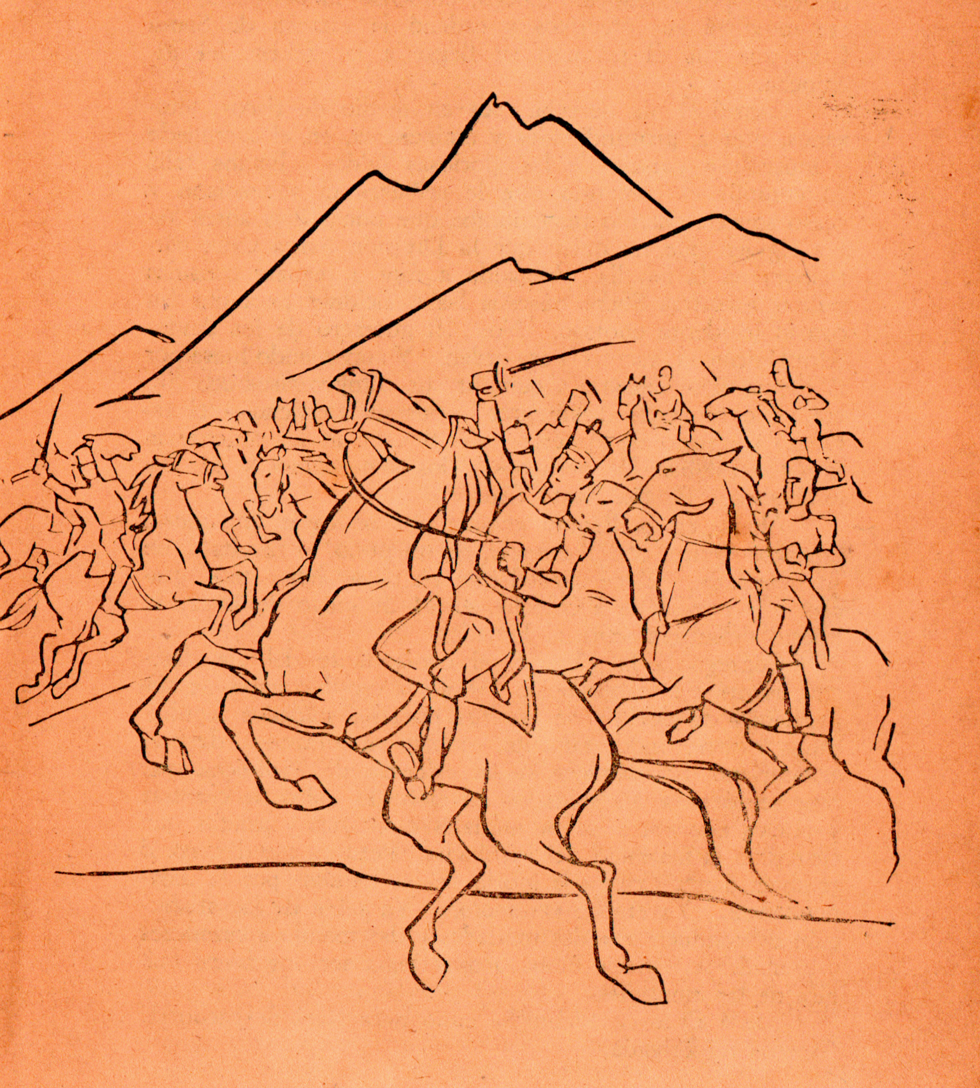
Bolívar nació para la América. Santa Cruz para el Gran Perú. A la hora de las edificaciones definitivas tuvo que conducirse por las sendas que ascienden a lo más difícil: la Confederación. Error o ensueño, pero es verdad que, en su ambición por unir al Perú, había un motor anímico de riesgo y de grandeza.

Paseó pues su gloria, en el galope extendido por las llanuras que bajan desde el Illimani hasta las aguas del Callao, nimbado de montañas, empujado por los vientos.

Este era el Héroe formado en la entraña india y el ardor hispánico.

# PICHINCHA

Santa Cruz adquirió mucha habilidad bélica en todas las andanzas militares que iban constituyendo una suma de experiencias juveniles. Sin embargo, no hubo para él, antes de 1822, ninguna responsabilidad que causara pasmo y diera gloria a sus talentos estratégicos. Es en estas circunstancias que Bolívar trató de ganar el viejo Quito para darse en él un apretón de manos con el ejército de San Martín. Este había pedido al General Arenales que moviera su división y marchara hacia Ecuador. Arenales rehusó el honor y no aceptó la insinuación. Se trataba de auxiliar a Sucre para empeñar aquello que meses después sería la victoria de Pichincha. El Mariscal de Ayacucho sintió el abandono en que le colocaba el argentino, pero no sufrió alteración en su ánimo y, cortés y caballero como siempre, pensó que acaso era mejor obedecer que mandar y brindó ese mando glorioso al camarada. Arenales rehusó una vez más cumplir la demanda. ¿Obedecer a Sucre? ¿Mandar a Sucre? Y, en esa encrucijada del celo, optó Arenales por evadir su concurso. Fue entonces que San Martín decidió dar la responsabilidad de la División a Santa Cruz. Y éste hizo la travesía hasta llegar a Saraguro, en febrero de 1822, comandando a los Batallones "Trujillo" y "Piura" y a los Escuadrones "Cazadores" y "Granaderos". En ese sitio fue detenida la división por resolución de Sucre. Iba a salir el sol de la libertad para los ecuatorianos. Sucre había organizado su famoso "Ejército del Sur" con la División de Santa Cruz y la División de Colombia con 2,822 soldados. Se sumó a ellos el Batallón "Magdalena", co-



mandado por Córdova. Luego, comenzó la peripecia, Sucre movilizó sus efectivos y ordenó la marcha de Santa Cruz que fue el primero en llegar a las faldas del Pichincha.

Cubrió el ala derecha, por en medio de riscos, altozanos, oteros, profundidades y eminencias, en el corrugado y musculoso paisaje de las gloriosas faldas. Estaba feliz en cumplir el cometido que le señalara el venezolano y acaso sonreía cuando rememoraba que pocos días antes había alguien que no quiso que la División Santa Cruz participara en la batalla, obligando a éste a realizar consulta militar mientras Sucre buscaba las soluciones para dar fin con el incidente enojoso. No. El guerrero de los Andes Altiplánicos, no aceptaría esa orden. Y aun cuando fuera por la fuerza él se lanzaría a cumplir sus compromisos con Sucre. No se podía desintegrar —por un capricho— el esfuerzo conjunto de América. Y si estaban los argentinos también estaban los peruanos y los venezolanos y los colombianos. Estaba Santa Cruz.

Abajo, en la llanura ganada por la lluvia impiadosa, esperaba Quito, con el corazón en un puño, el resultado de su liberación. Y es verdad que en pocas horas más, gracias a la batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, se libertó definitivamente al Ecuador.

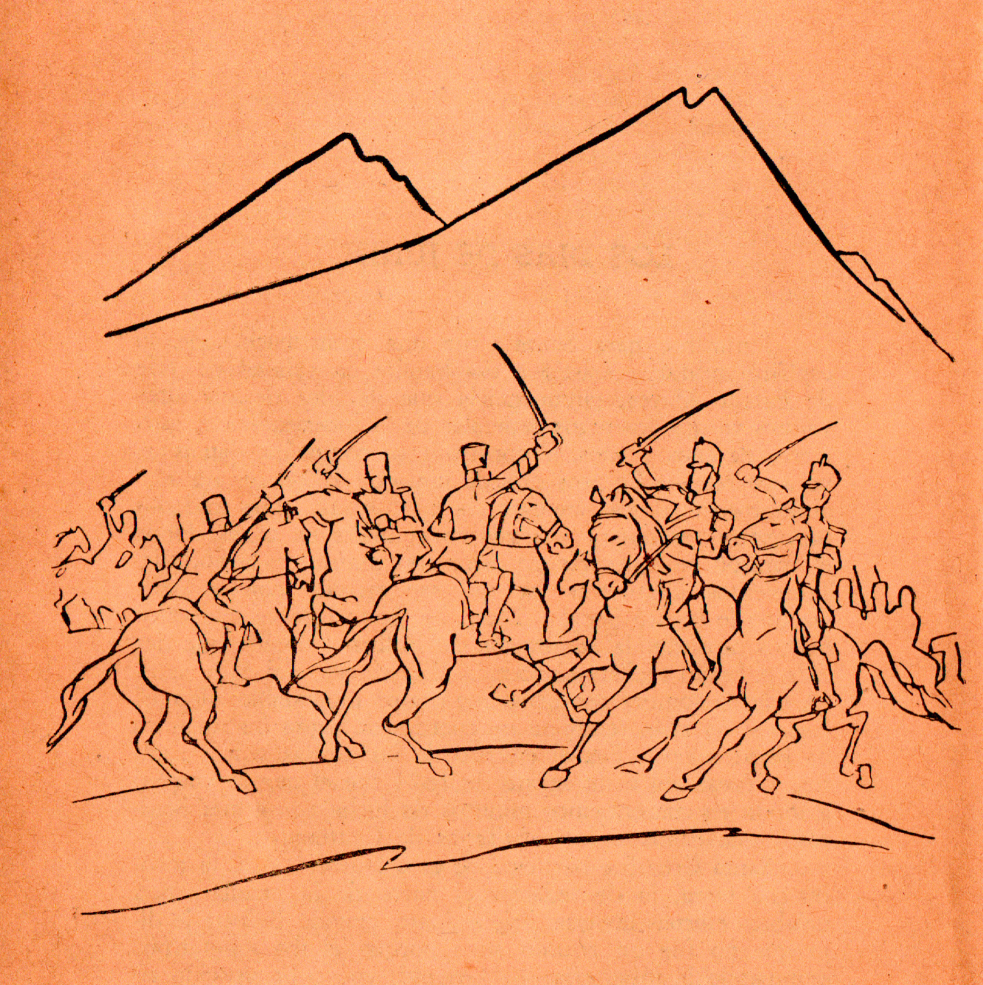
Conseguida la victoria, el comandante del ala derecha, asistió a la capitulación. Bolívar escribió otras de sus proclamas de gloria y de gratitud para los soldados republicanos y Sucre, modestamente, entregó su corazón al destino ecuatoriano, brindándolo en su esfuerzo de Pichincha que representó para sus soldados un ejercicio físico de carreras y vuelos por entre las piramidales montañas y grietas que custodian la majestad del Pichincha. Pero en ese día, nació también Santa Cruz a la gloria de las batallas por la independencia. Ya era un conductor. Ya sabía de la satisfacción de conducir grandes unidades y dar mando a cazadores y granaderos, especie humana que fingía ser una fauna mágica de las montañas.

Santa Cruz en Pichincha ganó para sí el despacho de General de Brigada.

## LOS DIAS DE JUNIN...

Junín fue para Santa Cruz una confirmación de su espíritu militar. Asistió a esa batalla en calidad de Jefe de Estado Mayor, circunstancia que da idea de sus altos valores ya que los otros generales de la independencia, guerreros de años y años, al constituir su compañía, dan relieve a su fama. En esos días de junio de 1824, fue un acto asombroso el desplazamiento de las fuerzas. Los soldados bordearon precipicios y escalaron cumbres en zonas donde el corazón se convierte en esforzado motor de la audacia. Trescientos kilómetros recorrió ese ejército con la pericia que le prestó Sucre Dicen los historiadores que estos hechos causaron la admiración de Bolívar. Había que dar caza al bravo realista Canterac. El esfuerzo del 5 de agosto, bajo la sombra nocturna, fue drama inolvidable, algo así como si un titán templara las cuerdas de algún instrumento de hecatombes. Era el ejército de las glorias y los triunfos. Y ese del 6 de agosto de 1824 fue el que se empleó a fondo en cuarenticinco minutos de lucha con armas blancas y que destrozó las caballerías de Canterac.

Santa Cruz fue partícipe de esos lauros. A él le tocó, insigne tarea, la de redactar el parte de la batalla. Son palabras eternas las que dirigió Sucre, cuando Bolívar le dijo que no fue un triunfo suyo porque él iba muy atrás, empujando la infantería: —"General, yo no he vencido en Junín, sino la insuperable caballería que usted preparó, organizó y disciplinó. A usted corresponde el laurel de la victoria". Empero, la sucesión de episodios en la conduc-



ción y acción de esas tropas dan una idea de claridad y de hombría de bien en la conducta de los gloriosos actores. Es suficiente rememorar sus nombres para refrescar el laurel de ese año: Sucre, Santa Cruz, Córdova, La Mar, Lara, Necochea, Miller y Carvajal.

Para Santa Cruz esta experiencia significaba el estímulo secreto que se iba formando en el deseo de la vida futura. Porque, acaso, íntimamente, se preguntaba: —¿Y si el anhelo panamericanista de Bolívar no llegara a sus grandes y fuertes cristalizaciones? ¿Y si la idiosincracia de gentes, pueblos y caudillos, destruyera un día todo ese esfuerzo magno de la cooperación? ¿Qué vaticinio se podría hacer en una averiguación honda por la selva de los sucesos, de las batallas, del crecimiento magno de los ejércitos?

Ya se dijo en otra página: Santa Cruz nació en el país de las montañas. Y, por lo menos, en la comunidad de sus predios natales se había asentado un día el poderoso imperio aymara y más tarde el incaico. Acaso, en los días venideros, con sangre hirviente y voluntad ambiciosa, se pudiera levantar un país inmenso, poderoso e invencible. Lógicamente, este loco avatar de las guerras, de norte a sur, tendría que tener salidas insospechadas, como la de los grandes ríos que aumentan la convulsión total del mar.

Y ese convencimiento se fue haciendo más urgente cuando, después de Junín, le tocó marchar hacia Huancavelica, a resistir a los indios que habían aprendido, por su parte, a amar al Rey hispano. Y también cuando aceptó el cargo de Prefecto de Huamanga que le privó de asistir a la futura batalla de Ayacucho. Estaba recorriendo territorios indígenas y pulsando sangres de realeza, capaces de integrar la realidad de un sueño: la Confederación.

Repitió con nostalgia: —¡Ausente de Ayacucho!... Nada importa. Algo grande haré mañana para compensar esta ausencia...

# EL DESIGNIO DE BOLIVAR

Entre los días malos, contaba Santa Cruz aquel de su retirada, después de Zepita. Y le dolía el dicho vanidoso del General Canterac: —"No importa. Enviaré un corneta que lo espantará". Lógico es suponer que este episodio echó sombra en el ánimo de quien mantenía con brío una carrera llena de esperanzas y de cálculos. Mas, el corneta de Canterac no podía ejercer un influjo total en su destino. El propio Bolívar consideró los valores de Santa Cruz como los de un jefe de méritos indiscutibles, su propia presunción y su orgullo eran interpretados por el Libertador con un sentido positivo. No iban esos caracteres a llevarle a consideraciones displicentes. Todo lo contrario.

Pero las determinantes políticas de América se dejan conocer por la conducta de los conductores. Los amigos de las grandes confederaciones son, precisamente, Bolívar y Santa Cruz. Este parece haber coincidido con la línea de ambiciones políticas del venezolano. Y es por ello que, en los días venideros, han de conformarse dos paralelas con diferentes finalidades: una, la del Libertador con el Mariscal de Zepita. La otra: la del Mariscal de Ayacucho con Olañeta. La confederación frente al unitarismo.

Lógico es admitir entonces que nunca se vieran con entera simpatía Antonio José de Sucre con el Mariscal de Zepita. Este último guardaba para sí la integridad peruana, frente al camino independiente de aquél. Y como política es política, el jefe altoperuano, en función de auto-



ridad, dispuso cierta vez grandes homenajes en honor de Sucre y ensalzó, conmovido, la figura del vencedor de Ayacucho, como dice Alfonso Crespo.

El tiempo y los sucesos siguen su curso, hasta que llega el día en que Bolívar, al retirarse al Bajo Perú, firma su Decreto de 29 de diciembre de 1825 por el que delega la presidencia a Sucre y dispone que "en caso de enfermedad, ausencia o muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, se nombre al General de División don Andrés de Santa Cruz en su lugar". Meses después, en 1826, Bolívar hace que Santa Cruz presida el Consejo de Gobierno que debe regir en Lima. Luego, decide abandonar las tierras altas y el 1º de septiembre, Santa Cruz sustituye a Bolívar en el cargo de Presidente del Perú.

El designio bolivariano, raíz de sus futuras ambiciones de político, se cumple. Santa Cruz no permitirá que el Perú se divida. Santa Cruz podrá también integrar el Alto Perú al otro. ¿Acaso, en cierto modo, sus primeras armas de gobernante no se deciden en el Bajo Perú? ¿Acaso en su espíritu hay siquiera la intención de malograr desde su nacimiento ese sentido de unidad para servir los sueños de Bolívar y después los suyos?

De todas maneras, este hombre que ya había dado muestras de ser un buen administrador y que llevaba un naciente repertorio de responsabilidades en la hoja de servicios, no podía ponerse sino como un centinela celoso de sus planes. Su lucha por imponer las determinaciones bolivarianas, en lo concerniente a la Constitución, fue tenaz hasta que fue vencido por la obstinación popular que no quería admitir nada parecido a la monarquía. Y es en sus propias manos que la Carta Fundamental de Bolívar tambalea y cae. No le quedó otro remedio que convocar a la Asamblea Constituyente. Cae también él. El Congreso del Perú le da las gracias y Santa Cruz se retira a Chile.

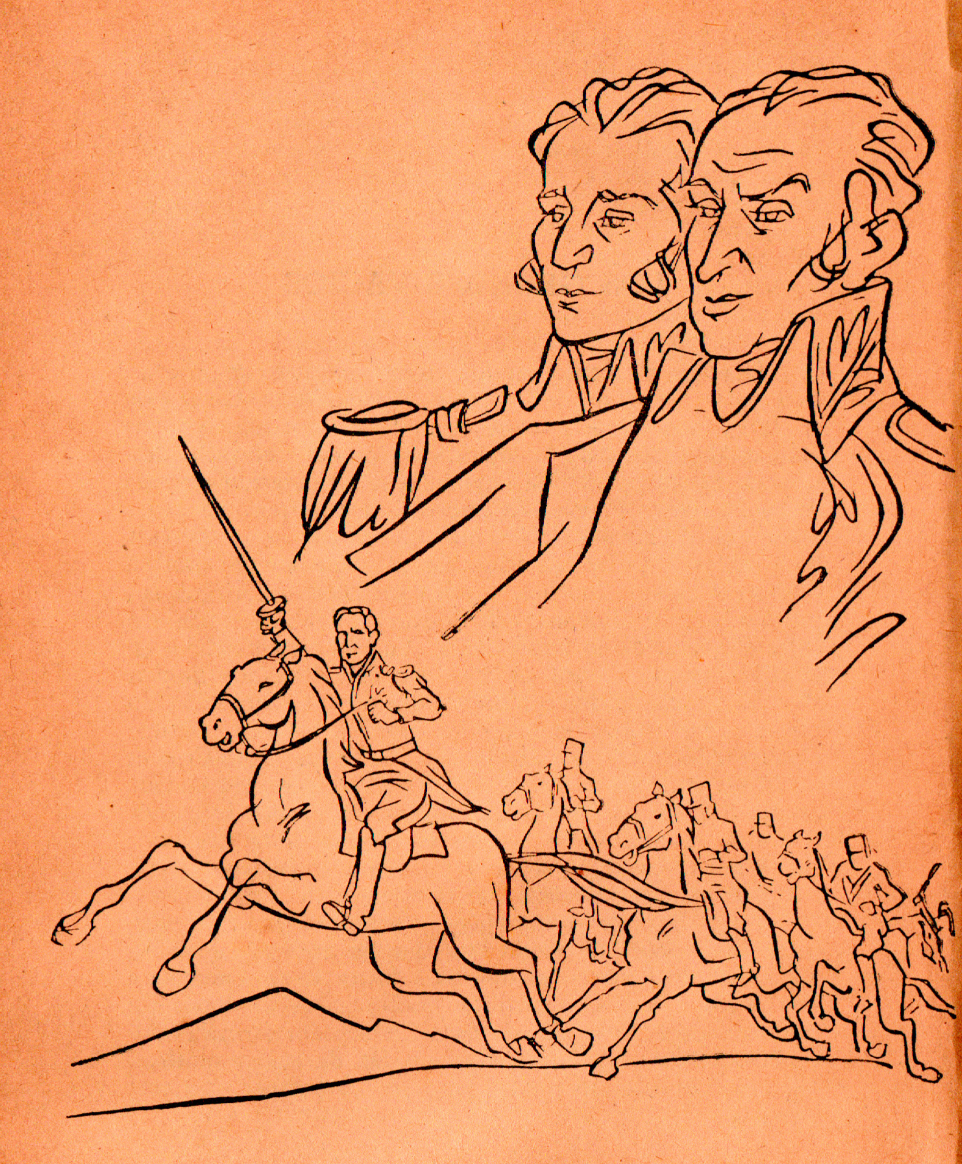
Hay en esta época un forcejeo por dejar implantadas las bases confederativas. Sus empeños fueron vehementes La tarea fue inmensa, pero tuvo tino para permitir que el pueblo mismo y el Congreso decidieran su porvenir.

En Bolivia esa lucha tenía que ser más difícil. Estaban a su frente Sucre y Olañeta.

## LOS GRANDES VACIOS

Hay un momento en que toda voluntad de integración falla. Ninguna de las personalidades de la Guerra de Independencia tiene la suerte de inclinar los sucesos por los grandes derroteros de la lógica. Se produce el vacío después de las victorias. Se impone la desorientación después de las batallas. Parece, sin embargo, que por encima de las líneas convencionales de los individuos, está la decisión de los pueblos. Andrés de Santa Cruz es un hombre más en medio del caos. Uno más a quien los hechos rectifican sus propósitos. El itinerario de Bolívar y de Sucre, también sufre el avatar de lo imprevisto. Ya hemos testificado, en el conocimiento de los hechos, que el Libertador Bolívar abandona Lima porque comprende que ni su Constitución Vitalicia ni su aspiración hacia los grandes bloques políticos pueden ir hacia el buen éxito. Precisamente, Santa Cruz es un instrumento de sus designios y queda en el Perú cuando éste pueblo se manifiesta categóricamente porque se convoque a la Asamblea. Luego, es el mismo Santa Cruz que ya no puede obrar de acuerdo a las conveniencias de Bolívar y se pone en el trance de transigir y disimular.

Estos disimulos y transigencias son el movimiento muscular de la política. Conductor que no entiende de ellos, puede caer pronto en el abismo. Santa Cruz aprendió a emplearlos. Fracasada su intervención en el Perú por los mandatos de Bolívar, él marcha a Chile y allí espera el advenimiento de otros días para otra faz de sus propósitos. Mientras tanto ha aprendido mucho y su personalidad está formada.



En la hora de los grandes vacíos puede recordarse también a San Martín que, en un momento dado, deja el Perú y retorna a sus bellas tierras platenses para la refirmación de sus propios intereses. También los bolivianos, o por mejor decir, los "bolivarianos" de los primeros días, suscitan —por secreto designio— el desplazamiento de Sucre: motín de 18 de abril, insurrección de tropas colombianas. En fin...

Esos vacíos son los que determinan, en cierto modo, el encuentro de los altoperuanos con su propio ser político. Sucre y Olañeta destruyen el plan disimulado de Santa Cruz y empujan la creación de Bolivia. Se sacrifican, cumplen la tarea hasta dejarla en su cima. Bolivia es Bolivia. Porque Sucre lo quiere. **Pero, es que Sucre también se va.**

Y en el destino de Andrés de Santa Cruz queda el encadenamiento de su influjo hacia Bolivia. Se marcha a Chile, pero tendrán que llamarle un día porque el desenfreno de la anarquía ha provocado en el Alto Perú la ruina de las instituciones. ¿Qué sucesos surgen en ese lapso de 1825 a 1829? La anarquía que agita los sentimientos, la ambición que excita el amor propio, la traición que pone su mano sombría en los compromisos.

El Mariscal de Zepita sabe que la precipitación no es buena consejera y acondiciona sus energías a una disciplina de espera. Chile es un mirador para él. Desde ahí ha de seguir el curso de los sucesos hasta que esté dado el instante propicio del retorno. Todo este tiempo está destinado a rectificar los planteamientos de Bolívar. Es una etapa de drama porque los pueblos no quieren saber de formas peligrosas de mando vitalicio, ni admiten, por su trabajado tesón de independencia, la hermandad política con otros. Es la etapa de insurgencia de los primeros caudillos, cuando el fragor de las batallas se convierte en el llamado a la razón. Mientras tanto las crisis internas se hacen frenéticas. El poder se convierte en un estado convulsivo, una especie de blanco de tiro en el que todos quieren acertar.

Santa Cruz admite y ahonda en esos vacíos. Y sabe que llegará el momento de actuar. Acaso piensa que todo esté dispuesto, un día, para que le llamen. Y él vendrá.

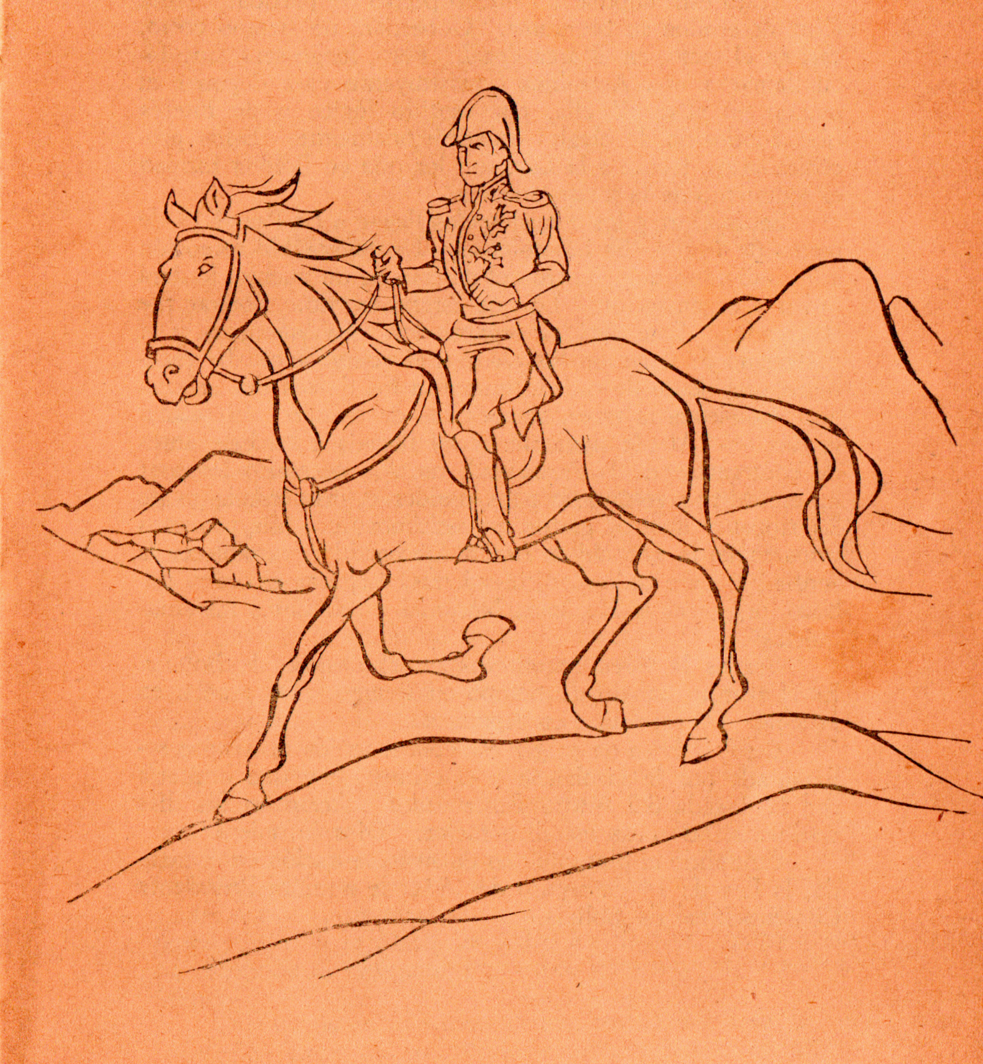
## RETORNO A LA PATRIA

El Congreso General Constituyente nombró Presidente Provisorio de la República a don Andrés de Santa Cruz por Ley de 12 de agosto de 1828. Pero este arranque político sufre una detención cuando él sabe, pasando por Islay, viniendo de Valparaíso, que en Bolivia han ocurrido episodios que fracturan sus anhelos. Sabe que una Convención ha nombrado Presidente al General Blanco. Paciencia. En esta marea alta no hay más alternativa que la espera, a la sombra de las recobas coloniales de Arequipa.

Allá, en la Patria cercana, el viento huracanado sigue destruyendo los propósitos sensatos. La anarquía y la ambición sientan sus reales en las tiendas bélicas. Todos se dejan llevar por el aire ensombrecido. Más que una idea vale un toque de clarín. Los parlamentarios tienen voces que se ahogan ante la impaciencia y la intolerancia. Hasta que, al fin, en medio de la lucha fratricida, es asesinado el Presidente Pedro Blanco. El desconcierto se acentúa.

Pero en el desconcierto está precisamente el telón de fondo para los grandes advenimientos. La angustia de las gentes descubre una nueva esperanza: llamar a Santa Cruz. Solamente él podrá dar tregua al desenfreno. Y, acaso, en sus manos, pudiera surgir el mando que se acata y respeta.

La Historia relata todos los factores que dan carácter a este anhelo: proclamas, llamados, comisiones que marchan en busca de Santa Cruz desde las tierras bolivianas hasta el valle arequipeño. Ahí, en el Perú, ante la testificación de sus moradores, el caudillo escucha el halago de la oratoria



criolla. Lo más granado de la sociedad y de las instituciones lleva el encargo.

Todo esto supone un nuevo punto de partida. Santa Cruz determina su programa. Gobernará un tiempo corto, casi en el facto, en el área ilegal. Pero, luego será muy fácil llamar a una Asamblea Constituyente para deponer el mando en ella. Y ella, por sentido lógico o de interés bien conducido, le elegirá constitucionalmente. Estos procedimientos, frente a la Ley, son los que en Bolivia forman el sedimento de la jurisprudencia.

Santa Cruz y los comisionados llegan a La Paz el 19 de marzo de 1928. Es la apoteosis. La memorable recepción a un individuo que, dentro del destino de un pueblo, le dará orden y organización. Lo que estaba escrito. Bolívar fue el creador. Este será el organizador. La amargura y el desengaño destruyeron los planes del venezolano. La esperanza y el deseo de orden, animaron los deseos del boliviano. Comienza la tarea, sin pérdida de tiempo. El mismo lo dice: —"Al día siguiente de mi llegada a La Paz, antes de encargarme de la Autoridad, me fue necesario levantar un empréstito voluntario para atender el mantenimiento de las tropas y a otros gastos urgentísimos... Mis primeros actos tuvieron por objeto fundir los partidos, restablecer la confianza entre todos los ciudadanos, asegurar el orden público, organizar la Hacienda Nacional y refrenar a los anarquistas".

Esa es la tarea sempiterna en el destino de Bolivia. Es el rítmico anhelo de tiempo en tiempo. De prueba en prueba. De esperanza en esperanza.

Pero, la hora de juzgar esa época, teñida de sangre soliviantada por la insolencia y el crimen, hay que limitarla con la llegada del futuro Restaurador. Acaso en los días venideros, las cosas marchen mejor. Dios lo quiera.

Cumplido el plan político de su instauración en el mando, la Ley de 14 de agosto de 1831, le nombra Presidente Constitucional de Bolivia.

## LA MORAL EN MEDIO DEL CAOS

Los capítulos anteriores solamente tenían por objeto determinar el sitio que la política deparó a Santa Cruz en Bolivia. Desde el día de su retorno, hasta el de la partida definitiva, su vida se aplicó con un vigor intenso en todos los problemas de la patria. Era necesario pensar en los módulos morales que son las bases fuertes de todo edificio estadual. Era necesario darle al país el prestigio de un ejemplo, conformándolo con una sociedad capaz de dignificar la vida y la obra de los ciudadanos. Muchos episodios crucistas son un vivo reflejo de esos sentimientos de nobleza que hicieron crecer la figura del Mariscal. Por ejemplo aquél de la amplitud en la solidaridad con la desgracia política. Don Andrés, el caudillo, repitió en sus escritos: —"Durante la época de mi administración, Bolivia se ha distinguido, no sólo por el reposo doméstico, por la marcha regular de las instituciones, y por la seguridad de que han gozado todos sus habitantes, sino también por el espíritu de liberalidad que hemos manifestado para con todos los que se han dignado visitarnos, confiados en la protección de nuestras leyes y en nuestros sentimientos fraternales. Bolivia ha sido, por decirlo así, el asilo de todos los desgraciados a quienes la anarquía o la persecución arrojaba de su patria; ha sido la patria de todos los hombres, porque allí no reconocía el Gobierno por extranjeros sino al vicio y al crimen".

Orgullo ha debido tener quien, con el mandato de esa convicción, imprimió su criterio seguro y veraz, en ese aspec-



to. Grande ha debido ser Bolivia, en verdad, si lo único extranjero que había en su seno fueron el vicio y el crimen. Y como la edificación estadual de un pueblo supone también su elevación moral, Santa Cruz puso en la tarea restauradora todo el influjo de las buenas costumbres y el asentamiento de la ley. Siguiendo la enseñanza de la Historia, tiene el gobernante de aquellos años, ganado el título de organizador. Allá donde el vicio y el crimen, están extrañados drásticamente, tiene por fuerza que existir un florecimiento de virtud, un modo acrisolado de conducta. ¡Felices los tiempos del Mariscal!...

Acrecentó su optimismo, sintió el orgullo de ser boliviano, advirtió que la nación comenzaba a ganar una potestad: —"Conducta tan juiciosa y liberal comenzó a atraerle las miradas de otras naciones de primera jerarquía —decía él. —El Rey de los franceses fue el primero en reconocer nuestra Independencia y nos hizo saber su reconocimiento por un acto espontáneo que debimos a su ilustrada política. Desde entonces hasta el año 1835, en que los acontecimientos del Perú dieron lugar a un nuevo orden de cosas, todo fue un auge. Puede decirse que no pasó un mes de tan largo período sin que la República reportase ventajas notorias".

La armonía entre los poderes del Estado, la creación de las instituciones, el imperio de las leyes nuevas, los viajes de inspección del Presidente a diferentes centros, acusaban la euforia que otorgan la paz y el acatamiento a la autoridad. Bella época. —"Adopté desde un principio la costumbre de recorrer la República en todas direcciones". Esa conducta excitaba el celo y la pureza de procedimientos de los administradores subalternos. —"Todos los gastos que me ocasionaba con semejantes viajes fueron costeados por mí, del honorario único designado al Presidente de la República".

Se cumplía el hado. Creábase una Bolivia con sustentación legal. Surgía una Bolivia respetable y respetada. Se marchaba majestuosamente hacia la conquista del porvenir. Acaso la fuerza anímica y la ambición rebasaran la frontera. El sol estaba en su cenit.

## LAS LEYES SECUNDARIAS DEBEN SER SENCILLAS

La Constitución no ampara totalmente las garantías de los ciudadanos y la libertad civil. Este pensamiento ganaba el espíritu de Santa Cruz, hombre de gobierno, preocupado por la felicidad de sus compatriotas. Muchas veces, en sus desvelos, pensó en los medios de compensar los vacíos existentes en ese inmenso mundo del litigio, de la oferta y la demanda, de la honradez y la calumnia, los que vienen a conformar, ciertamente, el perímetro de la Justicia.

Así estaban las cosas, cuando un día se le presentó el señor Mariano Enrique Calvo y le dijo que uno de los Congresos anteriores había encargado a la Corte Suprema la revisión de un proyecto del Código Penal que yacía "confundido y olvidado".

Calvo incitó a Santa Cruz cuyas ideas tenían fuerza de irradiación y que no se detenían en los núcleos minúsculos de los problemas sino en su génesis total.

— Me empuja usted, señor Calvo, a hacer algo más importante que irá en pro de la Patria y de mi buen nombre. Haré emprender la reforma de toda la legislación del país, como medio más eficaz de hacer efectivas las garantías de los individuos y su libertad civil. Todo esto se espera, muchas veces en vano, de la Constitución. Y por muy buena que sea ésta y por muy buenos también o malos que sean los gobernantes, nada se obtendrá si las leyes secundarias no son tan sencillas y claras que puedan estar al alcance de todos los ciudadanos. El Poder Judicial, que falla defini-



tivamente sobre el honor, la vida y la hacienda de los individuos, es el verdadero regulador de todos los derechos, el protector de las garantías y el apoyo de la libertad personal. Sus abusos son tanto más temibles cuanto que llevan el sello de la ley y, por decirlo así, de la eternidad. Los otros poderes, en tanto ,son pasajeros y dejan derechos vigentes ante la misma justicia y la razón.

Ese fue el momento estelar en que Santa Cruz concibió la idea de darle los Códigos a Bolivia. Comprendía perfectamente que la norma, el cánon o la ley —como se quiera llamar— delimitan el rumbo de la conducta humana y que un país que carezca de ellos vivirá permanentemente en el enredo y la penumbra, caminando a tropezones en pos de la luz y de la justicia. Personalmente él razonaba así:

—Bolivia adolecía de los males comunes a todas las sociedades hispanoamericanas con una legislación confusa, conjunto de leyes indeterminadas, contradictorias y esparcidas en miles de volúmenes que formaban el laberinto en que todos los derechos quedaban al arbitrio de los jueces, de los abogados o de las circunstancias políticas... Me penetré de la urgente necesidad que había de una legislación sencilla, clara y racional que facilitase el libre y amplio ejercicio de esos derechos y puse el mayor empeño en la conclusión del Código Penal y en la formación del Civil.

Inmediatamente nombró comisiones, recomendando en voz alta: —"Los más hábiles jurisconsultos de Bolivia". Y con ellos se llegó a formar una comisión que pudo considerarse como una Asamblea Judicial.

—"Para excitar la contracción y el celo de los comisionados, presidiré yo la última discusión de los proyectos" —díjole a Calvo, sin ocultar su entusiasmo y fe en la gran tarea que había suscitado.

Años más tarde, acaso en los días del recuerdo nostálgico de su obra, refirió:

—Al cabo de quince meses de asiduo trabajo y del más prolijo examen pareció conveniente su promulgación.

La Ley de 18 de julio de 1831 los denominó "Códigos Santa Cruz", a los cuales su creador apenas los calificaba como sencillas leyes secundarias.

## LA SUERTE INDECLINABLE DE LA GUERRA

Una carta de Orbegoso, peruano, a Santa Cruz boliviano, decía: —"He creído necesario trasmitiros, como desde luego os trasmito, las facultades extraordinarias de que me hallo investido por la Nación, para que ejerciéndolas en todos los puntos que ocupe el Ejército Unido, que tan dignamente mandáis, proporcionéis a esta desgraciada parte de la República, la tranquilidad y el orden a que ella aspira". Esperaba Orbegoso a que un día se dijera: —"Queda el país en completa libertad debido a los esfuerzos combinados del Ilustre Presidente de Bolivia, con los buenos peruanos". Y por ello le abrió las puertas del Perú.

Brillaba el astro.

Bolivia, por intermedio de su Congreso, aprueba el Tratado de Auxilios y dicta la ley de 22 de julio autorizando la movilización de Santa Cruz.

Garantiza la independencia del Perú y deja establecido que él es Presidente de Bolivia y General en Jefe del Ejército del Perú.

Luego tiene que enfrentarse con la acción disociadora de Salaverry y Gamarra, dispares, dispersos antitéticos, pero unidos para luchar contra Santa Cruz en "Guerra a Muerte". El Perú muestra sus inmensas quiebras políticas. Surgen los Estados. Se habla de Centro, Sur, Norte... Tienen que surgir y surgen nuevas banderas. Por sobre ellas, telón de fondo, una flameará en color punzó, con los escudos de las dos naciones y se llamará la Bandera de la Confederación.



Grande y heroico, cabalgando el indómito potro de la ambición máxima, —un poco Bolívar y otro Manco Capac—, se lanza en la gran aventura. ¿No era ésta la ley de Bolívar? Si él no pudo aunar la América grande, él estará satisfecho con aquello que surge del agua mezclada en el Lago Sagrado de los Incas: la unidad de los pueblos. En el lago azul está un sólo destino de ondas. En la Confederación, un sólo destino de pueblos. Ahora no podrá detener la carrera. Está en el plano del "invasor", porque así le llaman sus enemigos. Pero él pugna porque se le comprenda y se le llame, simplemente, el Protector. El Perú, por boca de sus caudillos, proclama:

—El Gran Mariscal Santa Cruz marcha a vuestra cabeza.

Derrota a Gamarra en Yanacocha, la batalla que le da su primer título auténtico y neto de estratego. Sigue en la inmensa peripecia, pero ahora delante y detrás de las tropas de Salaverry, hasta culminar en Socabaya.

La tragedia de Salaverry es lucha íntima en el ánimo de Santa Cruz. No desea, no quiere detenerse en la carrera de sus glorias. Ya están los dos Perú, aprisionados en el mismo drama, entremezclados, como en las aguas del Lago, azuzado de pronto por el huracán. Y Salaverry es, a su vez, como una roca caída en la inmolación. Bravo, admirable, tenaz, impetuoso. Digno de luchar con Santa Cruz. Dignos ambos para darse un encontronazo en la suerte indeclinable de la guerra. ¡Los dos grandes, a la distancia y el tiempo!

Se es grande en el triunfo porque grandes son, a su vez los diques que contienen la riada de la gloria. Salaverry engrandece a Santa Cruz con su denuedo. Y si éste ordena el fusilamiento de aquel, en la ceguera negra de la guerra, lo hace por el imperativo de una lucha sin cuartel. En el círculo subyacente del pasado, está un pueblo que fue legendario, un pueblo indio cuyo influjo llegó hasta la casa nativa del vencedor. Acaso esta crueldad no tenga otro imperativo que el de obtener la realización de un abrazo fraterno. Enseñar la hermandad, procurarla, desafiando a todos los hados. El sueño de un Perú único.

## LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

El camino áspero para llegar a la confederación está prestigiado por diversos hitos históricos, suscitados en el área de la política y de la guerra: Yanacocha, Socabaya, Paucarpata, Sicuani, Huaura, Arequipa y Tapacarí: batallas y congresos, todos con la finalidad de unir dos pueblos de la misma progenie, dos entidades con una común procedencia en la historia de las civilizaciones. En esta ejecutoria, posiblemente, había que hacer prevalecer la fatalidad y remontarse hasta la leyenda de la varita de oro que el Inca dejó perderse en la tierra incaica. Había que buscar la conjunción —difícil por cierto—: Lima y Cuzco, los grandes jalonamientos que han servido de base a la vida peruana.

Ya sabe Santa Cruz que la Providencia le ha elegido a él para remozar los designios del pasado. El Imperio Incaico retornaba a una vigencia que se suscitaba en medio de moldes nuevos, con ideas nuevas, leyes nuevas. Era el aporte racial supeditado a la ley que venía de otros mundos lejanos. La simbiosis indohispana.

Así surgió el 20 de octubre de 1836 la Confederación Perú-Boliviana. El Decreto lo deja enunciado con claridad: "Art. 1º— Queda establecida la Confederación Perú-Boliviana, compuesta del Estado Nor Peruano, del Estado Sur Peruano y de la República de Bolivia.— Art. 20.— El Congreso de Plenipotenciarios encargados de fijar las bases de la Confederación se compondrá de tres individuos por cada uno de los tres Estados susodichos y se reunirá en la Villa de Tacna el 24 de enero del entrante año; a cuyo fin, por la Secretaría General, se invitará al Gobierno de la Repú-



blica de Bolivia y al del Estado Sur Peruano, para que nombren los Ministros que a cada uno corresponde". Santa Cruz firmó ese Decreto.

Bolivia envió a sus hombres y participaron en el Congreso indicado don José María Mendizábal, Arzobispo de La Plata; y los señores Miguel María de Aguirre y Pedro Buitrago. En ese instante surge una figura política: José María Linares.

Ahora comienza el riesgo y la lucha inmensa por edificar el estado naciente. Se firma el Pacto Fundamental de la Confederación. Los Estados concurrentes mantendrán, sin embargo, su recíproca independencia. Tendrá cada uno gobierno propio. "Más las tres Repúblicas confederadas tendrán un Gobierno General".

Santa Cruz será el "Protector de la Confederación Perú-Boliviana".

Toda esta cadena de episodios políticos y guerreros, en los que Santa Cruz debe actuar como augur, seductor y triunfador, conforman el cuadro general de sus ambiciones. Cumplidas, por cierto. Victoriosas y reales.

Todo ese encadenamiento denuncia la recia personalidad del caudillo, atento a una sugestión indeclinable: la unidad del Alto y Bajo Perú. Ahora los tiene en sus manos y todo el acatamiento parece ser parte de sus buenos triunfos.

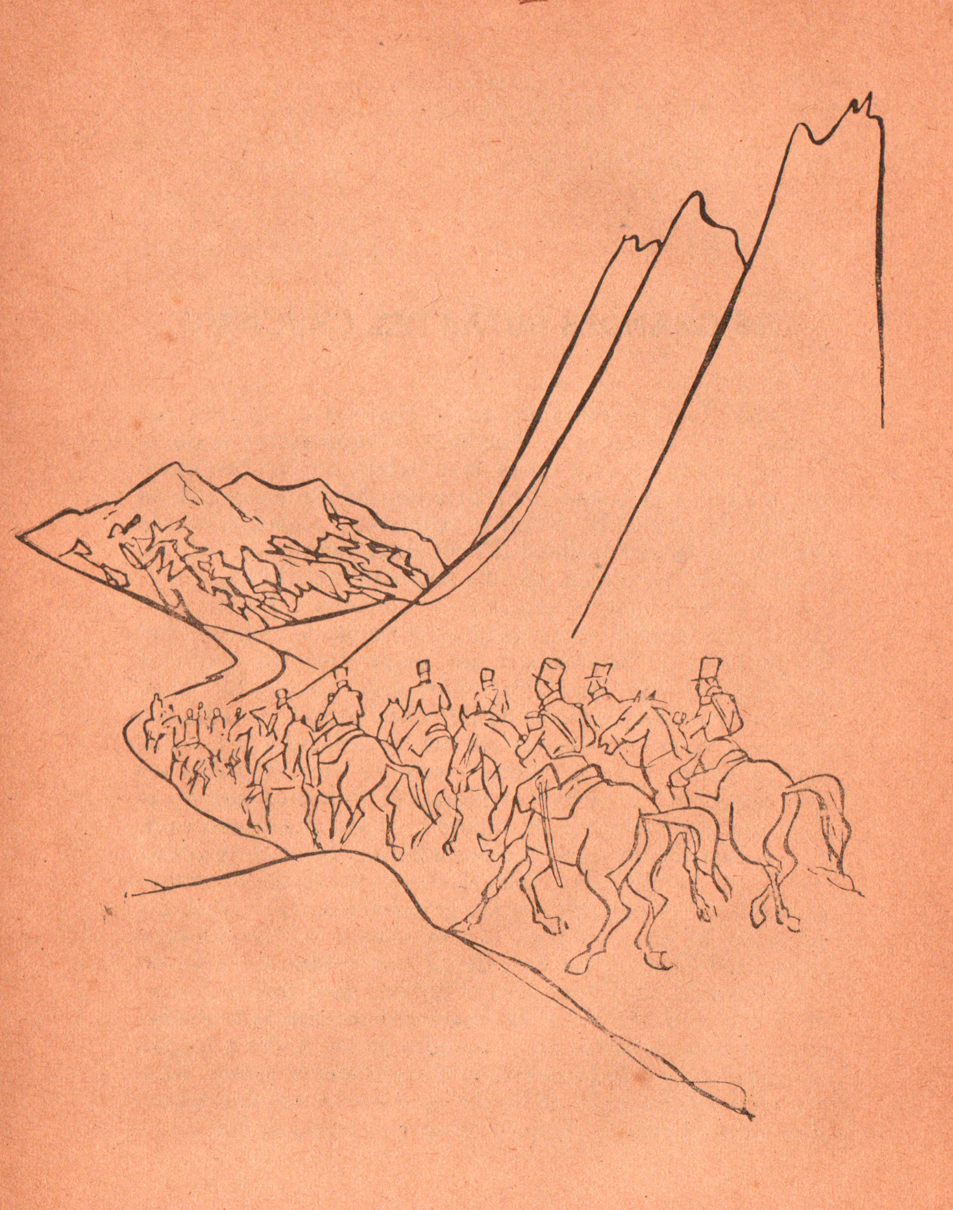
Ha jugado una carta para la Historia. La ha colocado sobre la mesa y espera que los concurrentes al inmenso concurso no pongan sobre ella las mañas del recelo, la envidia o la animadversión. Como Bolívar, se lanzó en la aventura integral. Acaso con más suerte que el venezolano. Y acaso también con una mala sombra sobre sus apoteósicas aspiraciones. Como Bolívar, ha crecido hasta dar la máxima proyección a contraluz. Acaso, como él, sienta que todo aspirar es también un fallecer. Los más recios proyectos suelen truncarse en las manos mismas de sus creadores.

Una vez, Bolívar se marchó amargado de Lima, dejándolo a él, en el camino, al socaire de sus anhelos políticos.

Sin embargo y, a pesar de todo: Santa Cruz ha creado la Confederación, para desafiar al Destino y al mundo. Dios le ayude.

## LAS GRANDES RUTAS DEL CRUCISMO

Hay frases importantes en la Historia de Alcides Arguedas con referencia al hombre: —"Los recursos de la Confederación en esta época eran relativamente considerables merced a la buena administración del Protector y a su espíritu de previsión, orden y economía". Esos términos determinan la personalidad del estadista porque es fácil suponer lo que significan, en una sociedad constituída con el fervor, la previsión, el orden y la economía. Los tres Estados confederados sumaban una población de cuatro y medio millones de habitantes y sus rentas fluctúan —dice el autor citado— en unos siete millones de pesos. El Ejército —sustentación permanente de Santa Cruz— contaba con cinco mil veteranos "perfectamente disciplinados y ejercitados en recorrer de un punto a otro la extensa y dilatada Confederación, siguiendo los pasos del Protector que no se daba un solo momento de reposo". Esta cita proporciona el esquema de un quehacer permanente, firme y tesonero. Por cierto: admirable: Debe llamarse a ese desplazamiento continuo, el ejercicio de las grandes rutas del crucismo. Arguedas lo dice, en tono impresionante: —"De Lima al Cuzco, del Cuzco a La Paz, de La Paz a Potosí, de Potosí a Chuquisaca, de Chuquisaca a Cobija, de Cobija a Tacna, de Tacna otra vez a La Paz, para recomenzar la fantástica gira, pasando de las cumbres nevadas de los Andes a las playas calcinantes y ardientes de la costa, siempre activo, siempre receloso, tratando de rendir las más fuertes animadversiones con el ejemplo heroico de su resistencia de indio bra-



vo y ahogar las oposiciones cayendo inexorablemente sobre ellas allí donde tuviesen la imprudencia de manifestarse...".

La Confederación no fue un hecho equivalente a un simple enunciado, sino una obra que luego había que cuidar con esmero y fiereza. Cabe recordar el día amargo en que el Protector tuvo que jugar la trágica partida con Salaverry a quien llevó al patíbulo, procediendo sin contemplaciones. Ese cuidado le exigía un movimiento de puma o de jaguar: ansioso, ávido, pero eficaz en relación con la presa. ¿Acaso no fueron también, aunque amargas, grandes rutas las que ganó después de Zepita? ¿No fue un audaz hollar la ascensión a las faldas del Pichincha cuando se hubo liberado al Ecuador? ¿Y las locas aventuras de Yanacocha y Socabaya?

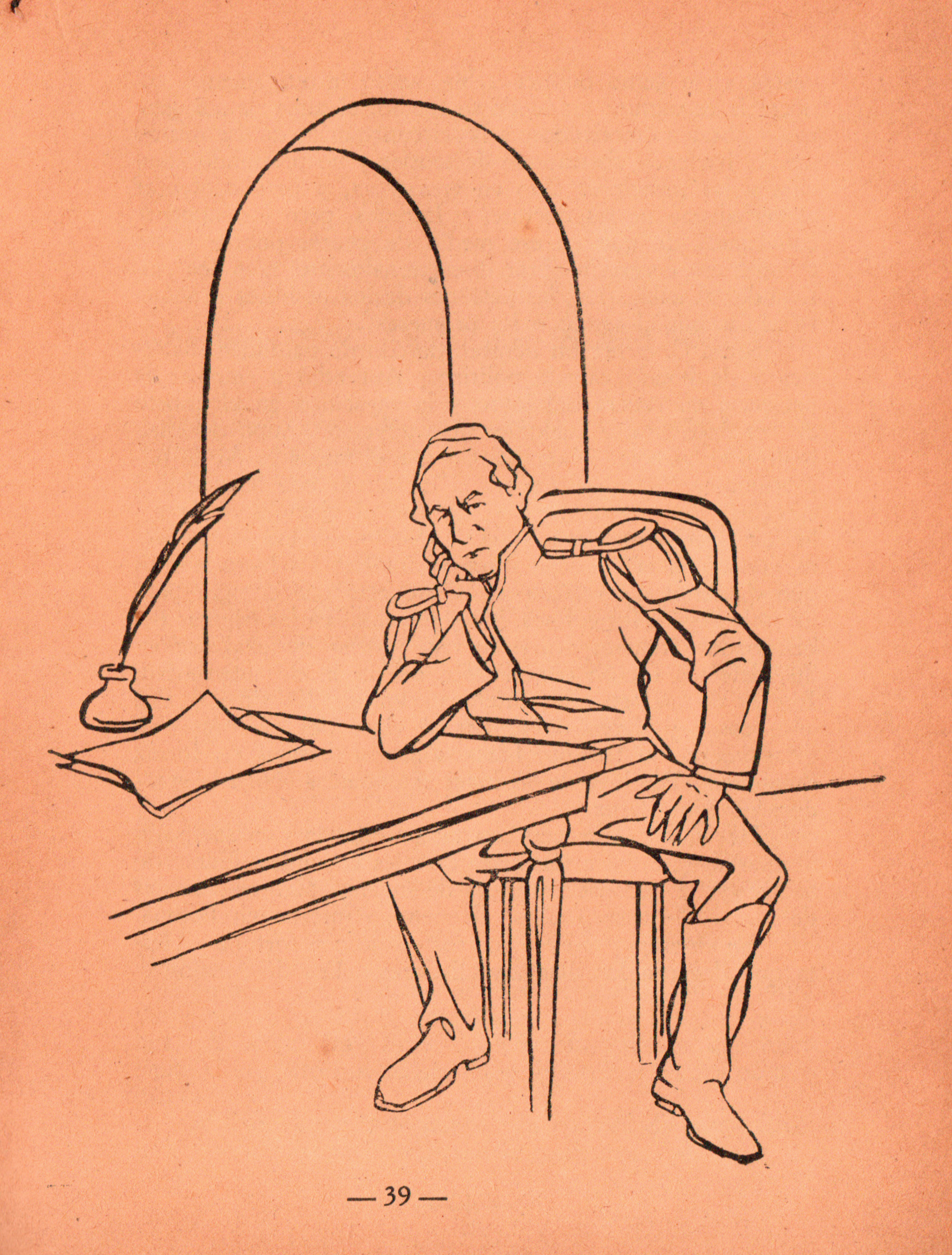
Solamente con semejante celo puede un hombre aprisionar toda una geografía en un puño. Y es que —para resguardar su creación— debe poner velocidad a su propio corazón y alas para trasplantarlo. Objeto de amor y de orgullo no puede jamás ser abandonado. El cóndor vuela y revuela también allá donde dejó el nido que está gestando su prole. Hay mucho de esta condición nómade y de alto vuelo en la vida de Andrés de Santa Cruz. El título de Protector exigía una honda y vasta distensión muscular de sus ejércitos. Se protege porque se tiene misión de socorro y de ayuda. Se protege porque se guarda con celo la obra creada. Se protege porque se ama.

Esas, son sugeridas en las páginas arguedianas, las rutas del Protector, a campo traviesa, por sobre las infinitas sabanas que se descuelgan desde las cumbres nevadas hasta la arena de las playas. Desde La Paz hasta el Callao, desde el Illimani hasta el Misti, del Choqueyapu al Rimac. ¡Ah, y sin detenerse, como el alud, hasta destruir al enemigo, en un paroxismo de orgullo y de concepción!...

## CONOCIMIENTO Y MODOS POLITICOS

Todo en él quedó realizado. Las estructuras anímicas de sus batallas culminaron en la Confederación, su más alta cima. Aprendió en el camino a sedimentar la experiencia. Recordaba con ufanía sus días de Pichincha, las glorias de Junín. Tenía una nostálgica amargura al compulsar que no pudo estar en Ayacucho. Zepita le dolía y le enorgullecía, porque fue su más grande prueba: la de embestir y la de huir. Después vinieron las glorias de Yanacocha y Socabaya y otras batallas menores. El ejercicio de hollar las grandes rutas desde las cordilleras al mar. En fin... Para ser el actor de todo ese repertorio de dramas, necesitaba genio. Y, claro está, que lo tenía. Aprendió a escuchar a Bolívar, a admirar la avidez de sus concepciones, a retroceder cuando era necesario, a juzgar un asunto por sus dos proposiciones, a ver lo bueno y malo. Se midió con el Mariscal Sucre, recelosamente, con cautela. Porque claro está que éste le tenía simpatía. Una vez le había dicho a Bolívar que Santa Cruz era solamente dueño de sus conveniencias. Guardó la estocada. Pero en un día próximo brindó en un banquete por Sucre. ¿Cuenta saldada? Nó. Pero sí un pago anticipado.

Alcides Arguedas, en "Los Caudillos Letrados" ha estampado una apreciación importante: —"El dominio de Santa Cruz, sobre las gentes y las instituciones de Bolivia, era absoluto y sin reservas. Prueba también que el caudillo, prescindiendo de sus defectos personales, era un verdadero conductor de pueblos, un estadista de concepciones



vastas, cuyo genio político sabía, acaso intuitivamente, conocer la estructura moral de su medio, el alma de sus gentes, y obrar acomodándose a las circunstancias de ese mismo medio, haciendo abstracción de teorías y no prestando atención a los principios sino en apariencia, y para contentar el verbalismo de los doctores y letrados, pero íntimamente convencido de que en ese medio de gentes pobres y sin cultura, era necesario obrar discrecionalmente, bien sea cultivando, al halagarlos, las pasiones de los hombres o sometiéndolos por el temor o las promesas".

Santa Cruz fue un hombre dotado de habilidad dialéctica y de hondo cálculo político. Aprendió a emplear la paciencia en espera del logro y la sagacidad en el anhelo de ver desfigurarse cualquier plan adverso. Supo del disimulo y el silencio. Comprendió que el mejor modo de impresionar a los prosélitos era el de actuar con tenacidad y cautela. Era un convencido de que el ejemplo de la sobriedad traía un poderoso don de mando. Y era sobrio hasta lindar con la avaricia, como lo indican los historiadores que siguieron sus voliciones. Claro está que el rigor para juzgarle llegó a los colmos. Por ejemplo, en las páginas del historiador Agustín Iturricha hay mucho de exageración. Sus defectos fueron denunciados de un modo superlativo. Interés de malograr las interpretaciones. En fin... Los años pasan y sirven de prueba al vigor de las obras. Si éstas vencen al tiempo, fallan sobre sí mismas en forma favorable. Ese juez de las lunas acumuladas abona la grandeza de Santa Cruz.

Hay que pensar que una tarea como la Confederación necesariamente iba a tener sus grandes enemigos: Gamarra, Salaverry, el enconado silencio de muchos sectores sociales de Lima. Súmese a ellos, el enemigo interno en Bolivia.

Sin embargo, todo se fue sorteando con fortuna. Hasta que llegaron los días avasalladores. Los días malos.

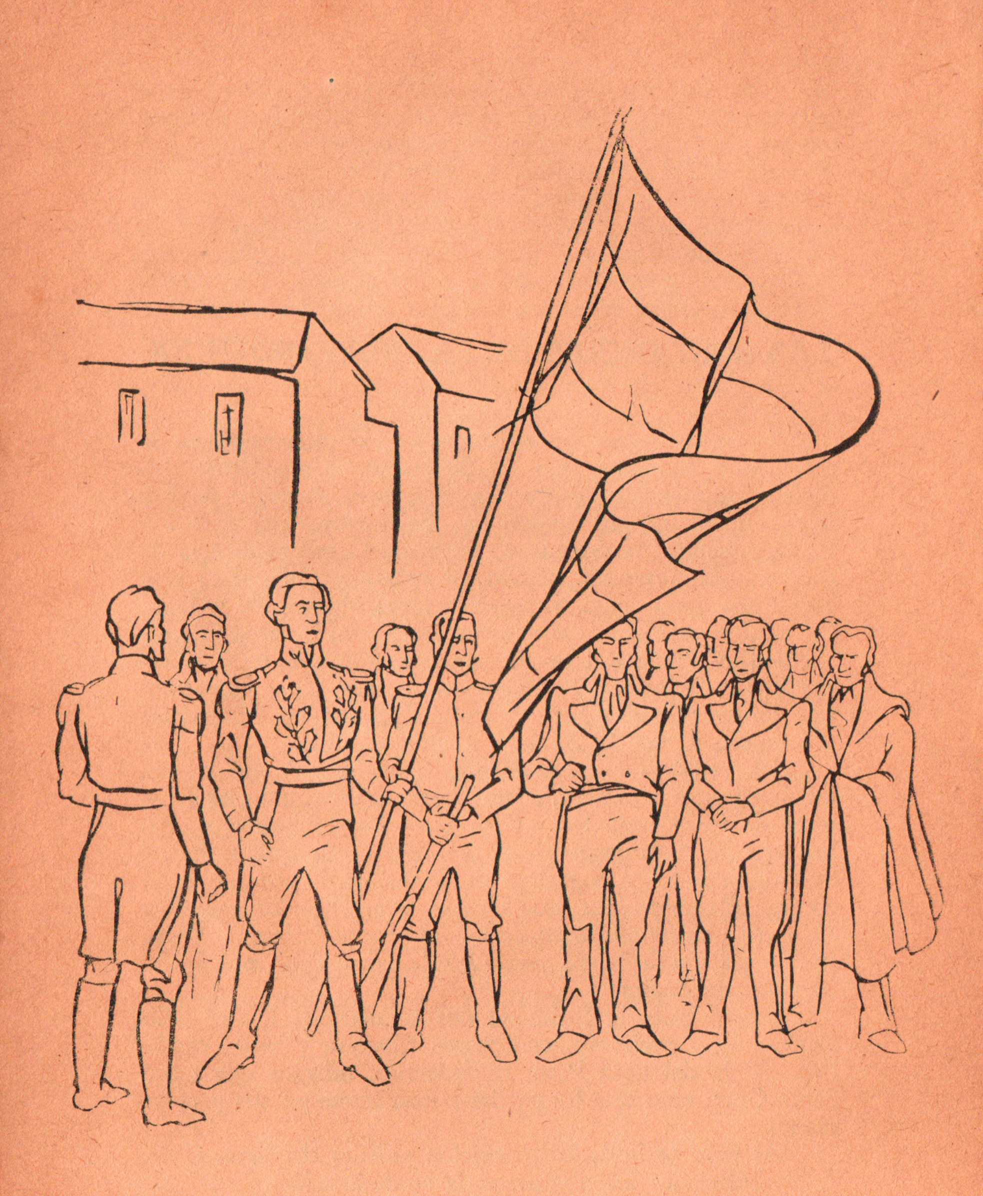
## LAS SUSTANCIAS DE LA INDEPENDENCIA

El duelo entre dos esfuerzos se vio claramente en la disimulada animadversión de Sucre por Santa Cruz: dos poderes anímicos y dos teorías diferentes, respecto de Bolivia. Sucre fue convencido por los doctores del Alto Perú para inclinar su espada en favor de la independencia de Bolivia. En resumen: siendo un extranjero, sintió el problema boliviano como suyo, sin reserva alguna, sin cálculo. En cambio, en Santa Cruz la ambición confederativa fue disimulada y arrastrada cautelosamente, a la sombra y la sugestión de Bolívar. El Libertador le dejó obrar con licencias indiscriminadas porque vio en él una posibilidad de afianzamiento por la América grande y unida.

El sentido de independencia había surgido de las aulas de Charcas y había ido muy lejos, desbordando las fronteras de los virreinatos. Eran pues los altoperuanos, definidamente, partidarios de la creación de un país unitario, desprendido de todo influjo del Bajo Perú. Se ha dicho en repetidas ocasiones, que Bolivia le ganó su Independencia —en una batalla incruenta— al propio Bolívar. Y ese fue un triunfo de Sucre, por sobre la calculadora mirada del Mariscal de Zepita.

Surgió pues la lucha de dos tendencias: la del Alto Perú, solo y poderoso, con Sucre, Olañeta y otros caudillos. Y la del gran Perú, confederado, milagro que logró Santa Cruz, pero que luego, iba a deshacerse en sus propias manos.

Al Perú le hería la imposición política de Santa Cruz. A los bolivianos les disgustaba la confederación.



Y si la enemistad, el odio político y la anarquía, se aliaron en contra del Gran Protector, no se debe descontar de esa alianza a la independencia que los bolivianos habían aprendido a gustar desde 1825. Si los peruanos se ponían recelosos, los bolivianos se ponían avaros en prodigar energías para un hecho político que comenzaba a declinar.

Eran las sustancias de la Independencia que se convertían en bastiones difíciles de vencer.

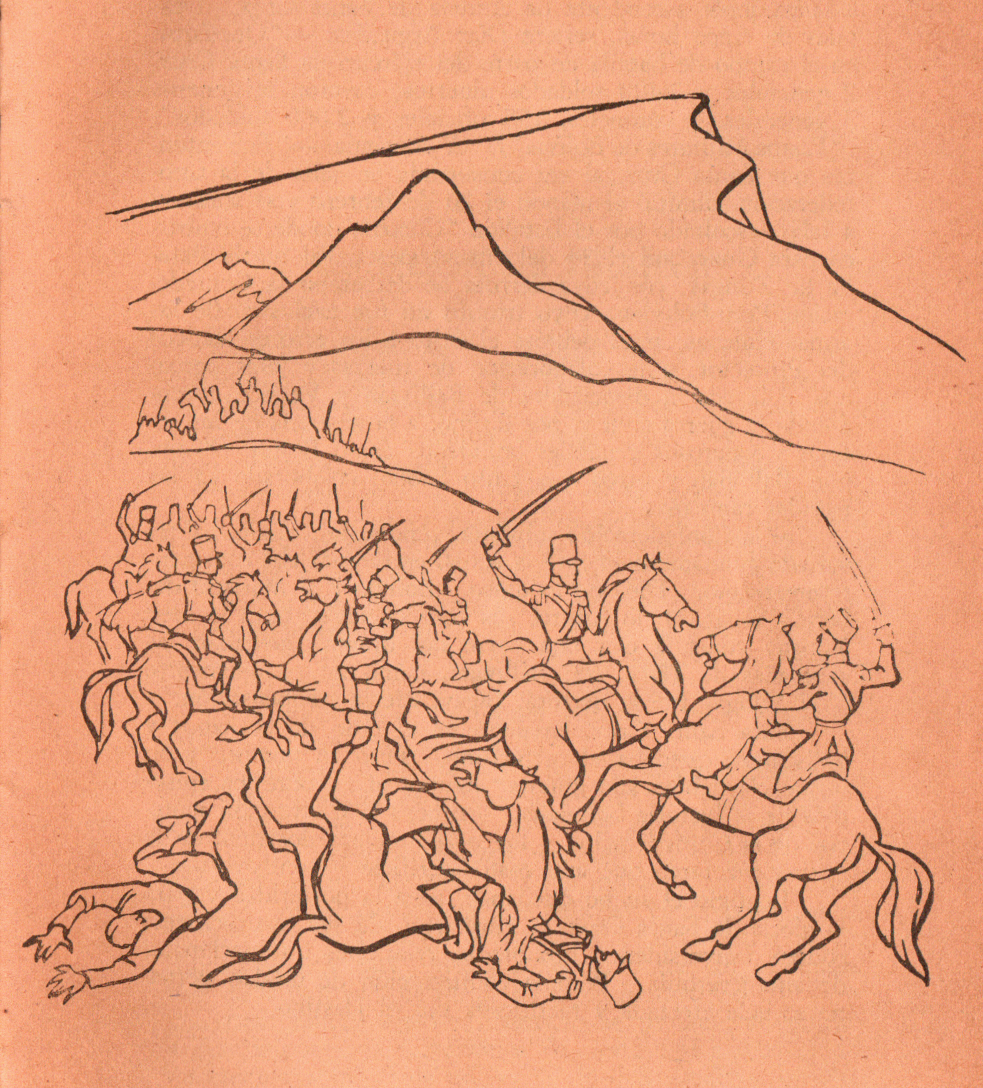
Por ello, llegaron los días malos, los que suceden a toda obra que alcanza su cenit. Después del mediodía, las tardes suelen ser huracanadas y, en veces, tempestuosas. El espíritu de Salaverry se mantenía fijo en las almas peruanas. El peligro de un riesgo trágico comenzaba a nacer en los bolivianos.

La Confederación comenzaba a vencer el límite de su día glorioso y entraba en el ocaso de sus propios esfuerzos. El mismo Orbegoso que afianzó la entrada de Santa Cruz en el Perú, compulsó sus influencias declinantes. Ya no habría más, para el genio aymara, victorias ni laureles. Ahora los enemigos se conjuncionaban: chilenos y argentinos, alertas, nerviosos, ávidos de desentrañar el enigma de los días futuros. Temían que sus predios nacionales sufrieran desmembraciones. Argentina guardaba el temor de ver desprendidos sus bellos solares salteños.

La confabulación alzó sus poderes irreductibles. Llegaban las tormentas a los cielos de la Confederación. Y también los bolivianos comenzaban a difundir, por el aire de la tierra andina, la oratoria anticrucista...

# Y U N G A Y

El esfuerzo dedicado a erigir la Confederación fue inmenso: rutas infinitas, polémicas, desgaste espiritual, apronte físico de miles de hombres para cumplir los designios crucistas. Empero, el esfuerzo para destruir esa Confederación, por parte de chilenos y argentinos, también fue grande. No ha de olvidarse que el primer ejército fue organizado por Diego Portales, enemigo de Santa Cruz. Pero, esas unidades antes de abandonar los puertos chilenos, se amotinaron en Quillota y fusilaron a su promotor, el ministro Portales, cuando la tropa del gobierno quiso someterlas Incidencias de tal magnitud le dieron el carácter de una conmoción. Después de Portales, el sacrificado, tocóle el turno a Blanco Escalada, encabezando al "Ejército Restaurador del Perú". Lo que fue restauración para Santa Cruz, también lo fue —en sentido inverso— restauración para los chilenos. Entonces vino aquello de Paucarpata y la entrevista Santa Cruz-Blanco Encalada con los que el caudillo altiplánico creyó comprometer para sí la fe de los invasores. Total: Santa Cruz, dejó intacto al ejército de Blanco Encalada, error de la generosidad, interfiriendo la ley de la guerra. Dicen los historiadores que aquello fue censurado por siempre. Luego, se declaró nulo el Tratado de Paucarpata. Y sobrevinieron los episodios de la Portada de la Guía, Matucana, Buín y su maraña de movimientos fatigosos que iban minando el poder bélico de la Confederación. Una red iba estrechando el desplazamiento heroico de los ejércitos del Mariscal hasta deshacerlo en ese año de 1839 en Yungay.



Y esta batalla, trágica y fantástica, puso punto final a la parábola ascendente de Andrés de Santa Cruz. Después de cinco horas, refiere Díaz Arguedas: —"Quedaron en el campo de batalla de parte del ejército de Santa Cruz, 2 generales y 2.400 soldados muertos; cayeron prisioneros 3 generales, 9 coroneles, 155 oficiales y 2.000 soldados". ("Fastos Militares de Bolivia"). Y continúa: —"Fue entonces que Santa Cruz, al ver consumada la caída de la Confederación, dimitió el mando el 20 de febrero y se trasladó a Islay, escoltado por el Batallón "Cuzco", donde se embarcó para Guayaquil el 24 del mismo mes. Tal fue la Batalla de Yungay, con cuya derrota se derrumbó la Confederación Perú-Boliviana cuyo triunfo no fue exclusivo de las armas chilenas; pues debióse el éxito a los errores tácticos del Protector, a la colaboración de fuerzas y jefes peruanos, a la acción disociadora de Ballivián y Velasco encendiendo la guerra civil y, por último, a la ausencia de los activos y valerosos generales bolivianos como Braun, O'Connor, Ballivián y otros que tanto habían colaborado en las pasadas campañas".

Si la Confederación subsistía, venciendo a Chile, habría variado fundamentalmente la actual estructura del continente americano. Dios no lo quiso. Bolivia y el Mariscal deberían sufrir, en lo futuro, sus consecuencias, pues si bien Yungay concluía con una parte del drama, quedaban las campañas de 1841, con Ballivián, como un complemento. Y si Yungay fue la derrota, Ingavi fue la compensación.

Para Santa Cruz, envuelto en el odio de peruanos y bolivianos, quedaba el ostracismo. Pero su nombre y su influencia debían aun gravitar algunos años sobre los episodios de la historia boliviana. Primero la destrucción material de la Confederación y luego la limpieza doctrinal de la misma fue tarea que aun costó sacrificio y controversia.

Logrado el sueño quedaban, para la posteridad y para la gloria de Santa Cruz, la afirmación de sus instituciones: código, universidades, bibliotecas, relaciones internacionales de alto jerarquía. Pero la confirmación de unidad peruana se veía afectada y rectificada por el Destino.

## UNA LIGA DE TIRANOS

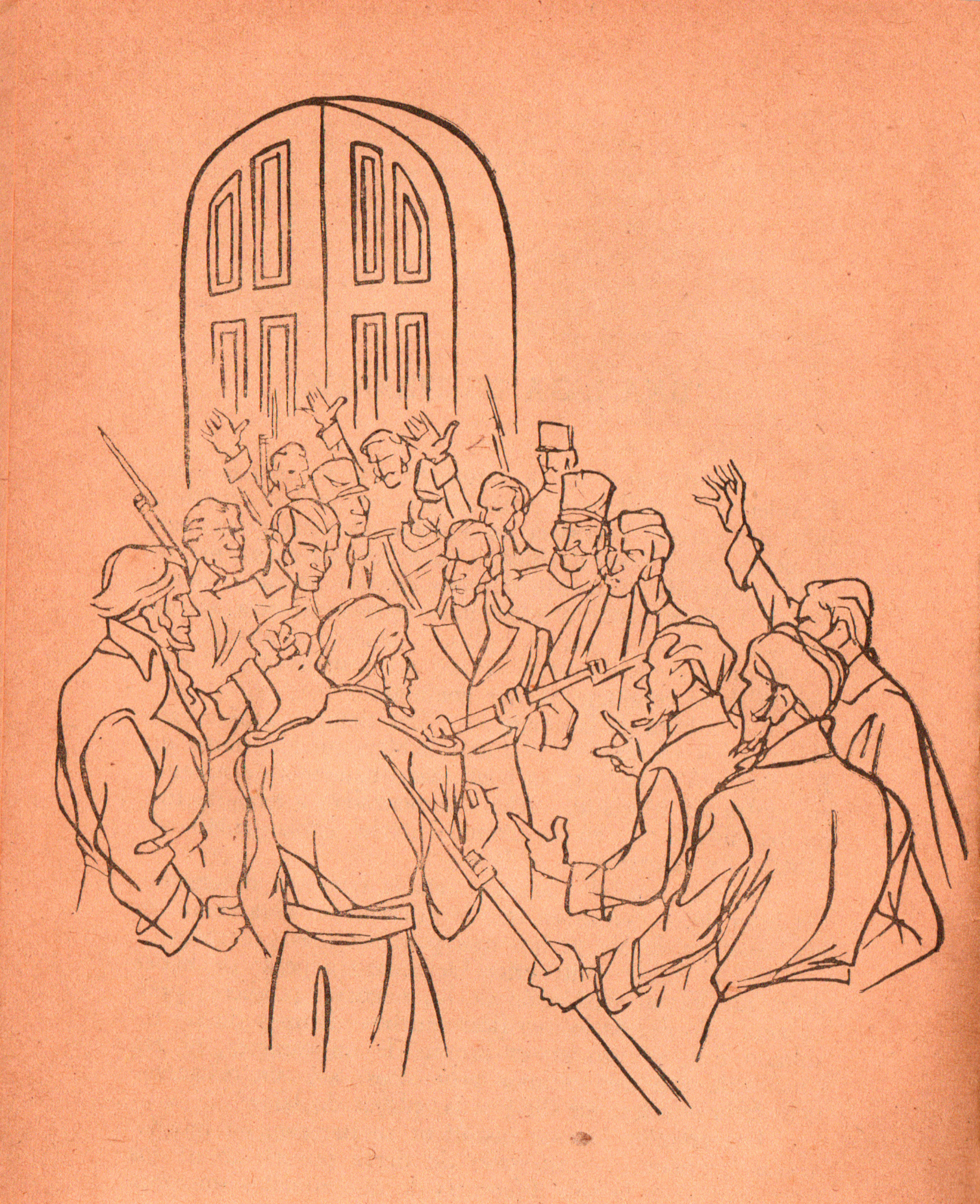
—"La dimisión de la autoridad que yo ejercía como Presidente de Boilvia y como Protector de la Confederación, me pareció necesaria en aquellas circunstancias, para no perjudicar a unos pueblos, a cuya defensa ya no me era dado contribuir útilmente después de tan horribles defecciones: y obedeciendo a la religión de la conciencia, me retiré sin pesar de la escena política, dejando al tiempo y a los acontecimientos supervivientes, mi justificación y apreciación de la conducta de mis enemigos".

Era la hora de la amargura. Los tiempos habían cambiado y los fenómenos políticos habían sufrido mutación. Ballivián y Velasco habían enarbolado banderas de rebelión en contra del Mariscal. Ahora comenzaban a llamarle tira no los mismos que en un tiempo anterior habían conducido esfuerzos y campañas a su lado.

Lógicamente, el Mariscal vivía la hora del desengaño, esa hora de anatemas en que la gratitud se aleja como un ave asustada de los pechos que parecían más generosos.

—"Yo pude contenerlos fácilmente a pesar de haber decretado ya mi separación de los negocios públicos; pero hubiera sido necesario sacrificar muchas víctimas sin un resultado útil; y esto no es propio de mi carácter, ni era conciliable con mis últimos propósitos: así, sin ocuparme más de la política, me dirigí a las playas de Islay".

Los grandes sucesos históricos se parecen, en mucho, a esas imponentes remociones de tierra por efecto de los terremotos, con la sola diferencia de que aquellos son obra



del hombre. Santa Cruz había provocado una verdadera conmoción política en el Continente y su Confederación tuvo el perímetro titánico que los pueblos no quisieron aceptar.

—"Hallábame en Islay en casa del Vicecónsul de S. M.B., acompañado solamente de unos pocos amigos, cuando unos hombres con todo el aire de foragidos, mandados de Arequipa, intentaron prenderme. Semejante villanía, cometida por el mismo Prefecto que yo establecí, y que me había asegurado, después de mi dimisión, que mi persona sería sagrada y más respetable que en los días de mi poder, habría sido fatal a mis compañeros y a mí, a no estar de por medio el carácter noble y generoso que distingue a la Nación Británica".

Evidentemente, ahí se evitó "un acto de ferocidad que habría manchado las páginas de la Historia". Esa fue la última batalla que ganó, gracias a su buena estrella. La amistad le fue grata en esos instantes y por ello se frustró un asesinato.

Luego, marchó hacia Guayaquil. Antes fue el Restaurador, el Protector, el Gran Mariscal de Zepita. Ahora comenzaba el difícil papel del desterrado que se parece, siempre, a una vivencia shakespeareana, con la meditación soledosa, la añoranza sin remedio y la lágrima que no se contiene e inunda el rostro más áspero y aqueja el corazón mejor puesto.

Y detrás de él, vio a sus enemigos aliados en lo que dijo con soberbia:

—¡Una liga de tiranos!...

El mar de Guayaquil se hizo su hermano y confidente.

## LOS AMARGOS DIAS DE GUAYAQUIL

El desterrado político es un ser disminuido, una nebulosa de su propia grandeza. El abandono del poder —en el que se conjuncionan virtud, esperanza, lucha, dominio— es herida muchas veces mortal. Acaso en estas condiciones anímicas sobrevengan también los torcedores, la revisión del error, el recuerdo de la severidad. Todas las caídas insensibles que se alejan de la bondad, se hacen una suma monstruosa de culpa. El desterrado vive entonces en un complejo psíquico de orgullo y de añoranza, de ímpetu y de perdón. De todas maneras ya está alejado de la fuente de su poderío. Las manos sienten el vacío y se crispan con él, en una evidencia de debilidad.

Los que configuraron la "liga de tiranos" que denunció Santa Cruz tejieron su alianza de odio contra él, una confederación de las represiones. Vieron que no era posible otorgarle ninguna influencia y comenzaron a despojarle de las últimas que podía tener. Le sabían considerado y temido por otros estados, pues entonces no había que vacilar. Y la puñalada se hundió en su pecho de héroe caído. En Bolivia se dictaron decretos despojándolo de sus bienes. En Perú y Chile se tramó un acercamiento de intereses anticrucistas, proponiéndolo también a la Argentina. Y fue por ello que Santa Cruz prefirió pasar la línea ecuatorial para asentarse momentáneamente en aquella República joven a cuya libertad **había** contribuido desde las faldas del Pichincha. Y los ecuatorianos cumplieron bien con él. Protector: portegido. Acaso en las tardes blancas, de sol pálido de Guayaquil, junto al rumor del mar, dialogaba nueva-



mente con el espíritu de Sucre y reajustaba con él todo el soporte débil de las ilusiones: el gran Perú, amargo, ingrato, que ahora la abatía, unido a sus antiguos enemigos. Recordaba los días de Chillán cuando parecían "temer más del vencido de Yungay que del vencedor de Ingavi", como cita Arguedas en "Los Caudillos Letrados". Letrado era en verdad el desterrado de Guayaquil, con un caudal magno de creaciones estaduales que nadie, nadie, por mucho tiempo, podrá desconocer.

¡Ah, la tierra ecuatorial, cómo comprometía su gratitud! Ecuatorianos fueron los que le defendieron a brazo partido, protestando porque "el principio de que un gobierno negocie con otro la entrega y esclavitud de un hombre, que si en otro tiempo fue un poder hostil, no es en el día sino una individualidad que vive de lo pasado" era inicuo. Vivir del pasado es igual a morir con el presente.

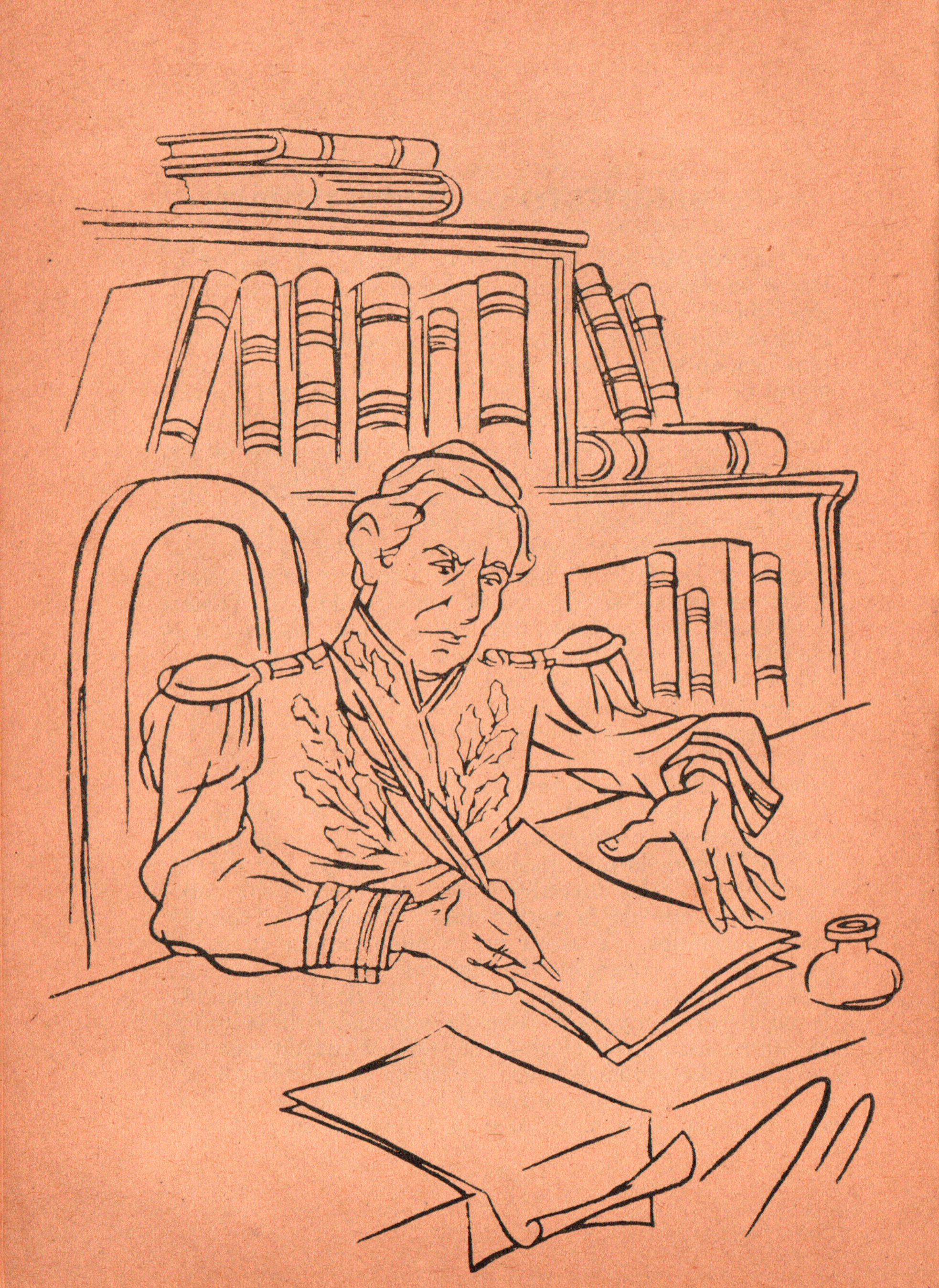
No es igual tener en las manos el poder de tres estados, en confederación, que verse en el exilio, despojado de bienes y poder, recibiendo el caudal de injuria que mana de las aguas infestadas por el odio. Bolivia, Chile y el Perú, determinaron su destierro a ultramar, lejos muy lejos de las tierras indias que quiso redimir en un gesto audaz. Lejos del aire frío de las cordilleras andinas. América, su América, no era para él: se la negaban, violentos y temerosos. Sus manos, hechas para desenvainar la espada en los páramos grises, ahora se buscaban para hacer un signo piadoso de resignación. ¿Volver a instituir la Confederación? Sueño dolorido e irrealizable. Todo ese historial serviría para asombrar a sus nuevos interlocutores. Nada más.

Pero ahora, todos se sentían fatigados por sus estímulos. Fatiga: fantasma de tedio y resistencia. Fatiga: pereza y abandono. Fatiga: hastío por la constancia... Así cayeron los más grandes imperios. Y si al lado de la fatiga se instala el odio para el diálogo, todo lo que se oye después es la voz de la derrota.

## EL MANIFIESTO DE QUITO DE 1940

Las tónicas del Manifiesto de Quito, del año 1840, tienen un acento de profunda desesperación. Corresponden, exactamente, al tiempo malhadado de la caída, cuando el hombre dejó tras de sí todo el volcán apasionado que eruptaba lava en su contra. Algún documento consigna el propósito de declarársele "indigno" de la nacionalidad boliviana. Su reacción se hace superlativa y exclama: —"Este acto de insigne injusticia y de ingratitud, es también un insulto al buen sentido de los bolivianos. ¿Puedo ser indigno del nombre boliviano? ¡Yo que tuve la fortuna de dar a Bolivia reposo, orden y prosperidad! Yo, que le proporcioné una Legislación completa; que presidí la organización de su Hacienda Pública y que logré ver desempeñado el crédito de la Nación; que he embellecido sus ciudades y facilitado sus caminos, que he mejorado los establecimientos útiles y establecido nuevos; yo, en fin que he sacado el nombre de Bolivia de la obscuridad, y de un rango subalterno la he elevado al de una Nación, que se ha atraído la espectación de Europa, y excitado la emulación de algunos de los Gobiernos vecinos. ¡Hasta dónde puede llevarse el delirio de las pasiones!"

Ese manifiesto tiene la calidad de un testamento de vida y obra y se aprisionan en sus páginas revelaciones a las que, historiadores y biógrafos, tendrán que atender en el momento de las investigaciones. En Santa Cruz hubo un rebasamiento de la nacionalidad. Traspuso su propio límite geográfico. Y acaso no lo pudo ocultar ni en el momento de la congoja. He aquí una muestra: —"Ciudadano del mundo, sin dejar de ser idólatra de la prosperidad de mi Patria, y formado entre las vicisitudes de la fortuna, no me sentí jamás afectado de vanidad cuando esos restauradores me abrumaban con excesivos cumplimientos; ni la adversidad ha podido alterar la tranquilidad de mi corazón, resignado a las mutaciones de la voluble suerte".



Eso es lo que no podían perdonarle: ser un ciudadano del mundo, ver los problemas con amplitud de horizonte y altura de vuelo. Eso, no se le perdona jamás a varón alguno, por mucho que quiera levantarse en el plano de la guerra, de la grandeza moral y de la honestidad ejemplarizadora. El triunfador causa siempre desasosiego en el prójimo. El individuo enaltecido por la moral ocupa una área de soledad porque los pícaros —que son los más— le huyen. Con este ejercicio desfigurado de la conducta, el héroe caído es siempre algo parecido a una estatua que se triza en los suelos...

—"Cuando estuvieren colmadas las pasiones, los rencores y los afectos contemporáneos; cuando para todos nosotros se levante la posteridad, espero que ésta dirá que durante mi Administración se organizó y se constituyó Bolivia; que permaneció tranquila y unida; que floreció en todos sus ramos, que no sintió el peso de la guerra; que lejos de haber padecido humillación o menoscabo, hizo entre los pueblos hispanoamericanos un papel honroso, tan brillante cual no se aguardaba de su anterior situación, y que ese mismo pueblo, juicioso, fuerte y magnífico en aquella época, fue el juguete de la ambición, presa de la discordia, y postró su noble frente en el polvo...".

Y, en la hora, del máximo dolor, aquel célebre Manifiesto, concluía así:

—"¡Pueblos del Perú y de Bolivia! comparad los pasados días con los presentes: aquéllos fueron los de nuestra prosperidad y gloria: éstos, los de vuestro infortunio y vuestra afrenta. Pero pasarán éstos, no lo dudéis. La Providencia, que dispone la suerte de los Estados, ha ordenado el triunfo de Chile. Ella habrá querido dar nuevo temple a los espíritus y a las instituciones del Perú y de Bolivia, haciéndolos pasar por la penosa, aunque instructiva escuela del infortunio; pero sin duda por la fuerza de las leyes morales, que rigen los acontecimientos de nuestro planeta, no puede menos de dar también, tarde o temprano, el debido castigo a la impostura, a la perfidia, a la traición y a la perversidad".

Así, bravo y sentencioso, el Manifiesto de Quito cerraba una etapa de la vida de aquel paceño privilegiado que osó levantar, en uno, el pendón de dos Estados.

## LA UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRES

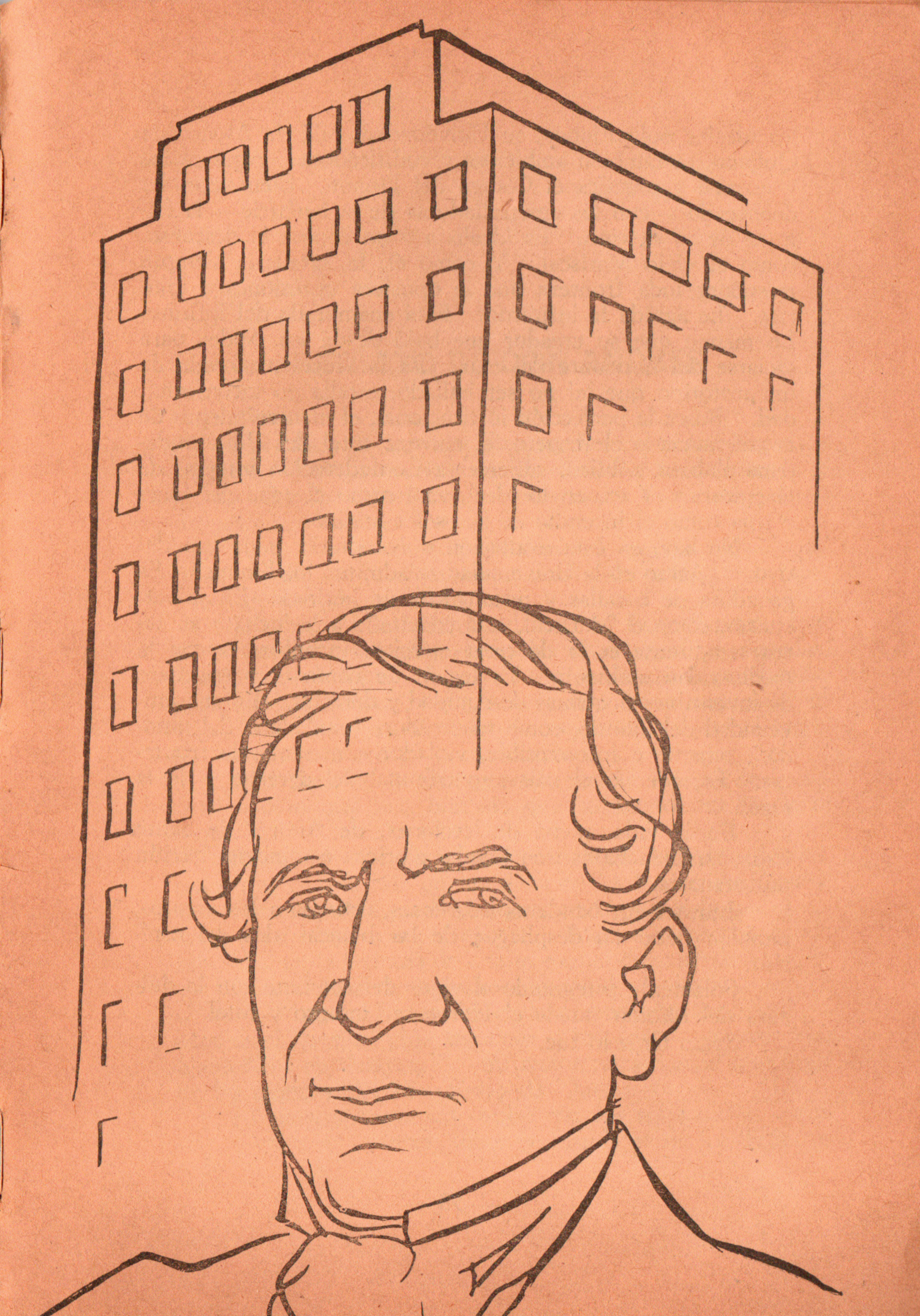
El año 1830 dijo el Héroe:

—Queda instalada en este Colegio la Universidad de La Paz. La gloria que reporto de ser el protector de la literatura y de las luces en Bolivia es la más ilustre recompensa de mis esfuerzos por la dicha pública. Mas, querer poner mi nombre al nuevo establecimiento es la anticipación de la gratitud. Semejantes denominaciones pertenecen al imperio de la opinión; ella es quien las dicta, las cohonesta o justifica.

Este soldado que no tuvo más universidad que los campos de batalla ni más dialéctica que el escollo a sus sueños políticos, también ganó en el duro combate contra la ignorancia. Instauró la Alta Casa de Estudios de La Paz, paradigma de emoción y de lucha, recinto de cultura y de honestidad ciudadana.

Lleva en su destino mucho del espíritu rector del Mariscal. Su apego a la solución de los grandes problemas. Un instinto creador, un impulso quintaesenciado por la institucionalidad, son legado del fundador. Honor, ideal y libertad, se han encadenado en una lógica para la vida. Esa es la Universidad de Andrés de Santa Cruz.

En la vida del Mariscal irrumpió, como una corona de luces, la pompa de sus títulos: Protector, Restaurador, Pacificador. Y el que le atribuyo en esta lección de homenaje es el de Rector. Su Universidad se ha confirmado a través de la República, pareja al espíritu de sus leyes. Esta Universidad es de Don Andrés y de Don Quijote. Si él surgió al mundo de la conquista ambiciosa, poseído de



los ideales bolivarianos, su Universidad, hija de Alonso de Quijano, es también ambiciosa y codificadora. Aquí se lee y estudia y practica el Código del Honor. Cien veces ha deletreado —con las ametralladoras de la barbarie— la firmeza de su destino. Es idealista y no conoce el descanso, como el viejo Mariscal. Y como él, le agradaría siempre trasponer toda frontera que le opusiera opresiones e injurias. Le agrada la infinitud. Está enamorada del infinito. Lo mismo que su creador que bajó desde los Andes para saciarse del horizonte del mar. Es la vieja enamorada de un prototipo que, al no ser hallado, estalla en inconformidad. Busca la perfección institucional, el mantenimiento de la tolerancia y el respeto, la entrega total del alma ciudadana al bien público. Ejerce la Confederación integral de la cultura. Y es, en lo ideal, azul como el agua del Lago y roja como el incendio de sus soles andinos.

No hay, en esta exaltación universitaria, nada superlativo. ¿Acaso en la Universidad se admiten los límites? Es ganadora de batallas y restañadora de heridas. El universitario, como el Mariscal, está concitado a la lucha y su tarea sempiterna es la de crear ejércitos inconformes con la mediocridad ambiente. Es legión de combate y trinchera de invencibles doctrinas de equidad y derecho. Es una universidad del mundo, como su creador, "ciudadano del mundo", pujante e incontenible, violador consciente de fronteras. Es, además el más alto tribunal del derecho y de la razón.

En la vida, plena de lecciones, de Andrés de Santa Cruz, también había una honda, gloriosa e inmortal lección universitaria.

Junto a sus banderas castrenses, echadas a los vientos, también hubo un despliegue de las blancas alas del espíritu.

Solamente integrando el vigor del combate con la dulzura del razonar puede el Héroe ser íntegro y total.

Santa Cruz lo fue.

# RETRATO DE DON ANDRES

Con la sal de los fríos altos se hizo el rostro áspero y enérgico. Con la tensión de las batallas se endureció el gesto. Con la angustia de los días malos se acentuó el rictus un tanto melancólico.

Tenía la estatura que ennoblece al aymara y da donaire al español. Cabalgando en corcel de bríos, avizoraba, como Bolívar, la infinitud.

Su espejo —de reflejo azul— fue el Lago Sagrado donde se copian las imágenes de las altas cumbres nevadas. También copió la de él. Al buscar su imagen, en el milagroso ondear lacustre, halló la sugestión de su ambición: un sólo Perú. Pero un día, vino la tempestad y agitó el Lago. Su imagen se borró en la sima agitada.

A la hora de la desesperanza recibió el don de la espera que es una raíz humana que se ahonda en la tierra india.

En el instante de la acometida recibió el don del impulso que es una raíz que se daba en las tierras de España.

Por eso había en él el equilibrio de un indio en el sosiego y un hispano en el ataque. Por eso tuvo una dolida serenidad en la retirada de Zepita y en el desastre de Yungay.

La grandeza de las sumas heroicas de Bolívar estuvo en Santa Marta. La prueba de la musculatura espiritual —porque el destino pide músculo al espíritu— estuvo para Santa Cruz en Guayaquil. Su mejor retrato es el que fluye de las páginas del Manifiesto de Quito.

Su sonrisa iluminada, brilló con los soles de las victorias, y cayó, en colores, sobre las banderas de los Tres Estados.



Ayacucho fue la imagen de su gloria y su derrota: gloria porque ganó la Patria y derrota porque estuvo ausente de esa batalla. Su mayor castigo fue aquella comisión trágica para contener la hueste nativa de Huancavelica.

Su sonrisa arcangélica —el ángel y la espada— fue la que iluminó las faldas del Pichincha para liberar al Ecuador.

Pueden caer sobre su figura alejada de la tierra los colores de todas las paletas. Pueden atribuirle gestos y realezas. Pueden pintarle carne y sangre. Todos, de seguro, olvidarán el oro de su sol inca.

No es figura para miniaturas ni coqueterías monárquicas. Es talla para el granito. En el sarcófago de sus restos, con unción hispana y orgullo indígena, debe ponerse tierra de Perú y Bolivia. Y aire de América.

Hay detrás de su gesto definitivo, a la hora de la tarde, el cansancio de un puma y, en la mirada lánguida, el vuelo de un cóndor en la niebla crepuscular.

Tiene un rostro de jaspe lívido porque en su sangre la especie ha recorrido siglos desde el Tahuantinsuyo y desde Iberia.

Ese es el retrato de Santa Cruz y Calahumana.

## "¡AETERNUM VALE!"...

Ahora —para este tiempo dolido— París. París, la ciudad de la primera aurora libertaria. París: antípoda racial. Porque, es verdad, Francia ilumina el mundo más allá de la línea ecuatorial. Pero él también: Andrés de Santa Cruz es un tipo ecuatorial desde los días en que aspiró brisas del Pichincha, sobre las barrancas gloriosas. Su vejez, serena y soberana, le dá un sentido de honda propiedad del destino.

Pocos hombres pueden sentirse dueños de algo tan grande. El, sí lo es. Monarca de su propia persona, dictador de su mandato de diez años ásperos en su lejana Bolivia, restaurador del sosiego allá donde un pueblo convulsionó su paz, protector de una obra concebida en la inspiración mágica del poder. ¿Qué más ha de pedirle un ser humano a su hado?

Santa Cruz también fue instrumento de "Algo" que le manejó en sus impulsos. Acaso una orden recóndita, venida a través de siglos de herencia, hasta el área de su cuna y de su tierra paceña. Acaso la imposición de una voluntad extraña, infiltrada en su vida por orden de alguien que en otras latitudes supiera levantar Escoriales o construir alcázares. Eso no se averigua. Pero se lo acepta en la revelación.

Y su revelación fue el Estado Confederado.

En éste día hay una dulce melancolía en su ser, un deseo inconmensurable de vuelo, un vasto campo no descubierto en el corazón, pero apto para alojar en él la síntesis del solar lejano.



El río Sena está discurriendo en su meditación sabia y silenciosa. ¡Cuánto ha corrido por sus aguas: alegría y dolor, grandeza y miseria! Cuántos soles ha reflejado en las albas frías y cuántos ha copiado en el ocaso, tintos en sangre de luz.

Así es la vida de él, señor, restaurador, protector, creador. Rector.

Pero, en éste día, hay un misterioso nacer hacia otro ámbito ignorado. Pudiera ser el nacimiento de la gloria.

Pero, cuando ella nace, el hombre muere. ¡Sí, la gloria es inmortalidad del espíritu que se compra con la muerte!

Y hay un día que el alma escucha los coros de Beethoven porque en otro —del pasado— escuchó el clamor de las batallas.

Hay un día en que el alma escucha las voces del porvenir porque en otro del pasado habló para diez generaciones.

—¡Adiós, Mariscal!

Y el momento exacto del tránsito, la Muerte compra para él los Palacios indestructibles de la gloria.

25 de Septiembre de 1865, en Francia.

Allá, en la Patria, su ciudad, arrullada por el Choqueyapu, ha comulgado, en acongojado recogimiento, la blanca hostia del Illimani.

— ¡Adiós, Mariscal!

Tu Lago Sagrado se ha convertido en lágrima.



EDICION DE HOMENAJE
1965 AÑO DEL MARISCAL
Tirada: 50.000 Ejemplares